

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 16. — N° 247.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris.

SUMARIO.

Una calle de Lahora; grabado. — Revista española. —
Revista de Paris. — Una visita inesperada; grabado. —

La guerra de la India; grabados. — Eulalia. — Apuntes
de un viaje a la India; grabados. — Capítulos de carta.
— Los amores del pastor y la pastorella. — Exposi-
cion de bellas artes de 1857; grabados. — Los buenos

tiempos de antaño. — Material militar y marítimo.
— Amor sin esperanza. — Setiembre; grabados.



VALENTIN

Una calle de Lahora.

Una calle de Lahora.

La ciudad de Lahora se halla rodeada de altas murallas, de torres y de fosos que defienden su entrada. De lejos parece algo, pero penetrando en su interior, se ve que su miseria actual iguala los esplendores que se admiraban en ella antiguamente. Aventurarse á pié en ese laberinto de calles tortuosas, oscuras, inmundas, obstruidas con escombros y llenas de elefantes, de caballos y de hombres, es cosa imposible para un extranjero. En general todos la visitan sobre un elefante. Pero este paseo tiene sus peligros: las calles son tan estrechas que á veces se tocan las casas de los lados. Estas casas construidas de ladrillos, son tan altas, se hallan tan sobrecargadas de balcones y de habitantes, y se encuentran en tal estado de deterioro, que parece se van á hundir si se levanta un viento fuerte, así como las puertas triunfales que hay que atravesar para pasar de un barrio á otro. Por último, las calles sin empedrar son albañales con hondonadas profundas, donde suelen caer los elefantes, aunque se tiene cuidado de evitarlas.

Las tiendas establecidas en los pisos bajos de las casas, están llenas de personas repugnantes como las mercancías que venden. Aquí un tendero ambulante enteramente desnudo ó envuelto en harapos, tropieza con un faquir que tiene el cuerpo cubierto de cenizas y el rostro pintado de un modo grotesco; allí un joven vestido de pieles de tigre y de leopardo, con la cabeza coronada con un turbante estrambótico, toca una trompa de cobre tan alta como él.

Lo que distingue mas particularmente una ciudad india, es que casi todo se hace en ella en público, y que los habitantes hablan en un tono de voz tan elevado, que parece que siempre están riñendo, sobre todo cuando discuten algun asunto importante. Sus gritos unidos á los relinchos de los caballos, al rugido de los tigres que sacan á vender en jaulas de hierro para los aficionados á la caza, al ruido de las carretas y de los martillos de los caldereros y otros artesanos, sin contar con los zumbidos de los elefantes, y los sonidos de las trompetas y del tantan, constituyen un concierto insoponible.

El extranjero que recorre las calles de Lahora se divierte, sin embargo, contemplando los habitantes de cada casa tendidos, sentados ó de pié en sus ventanas. Los hombres fuman en sus grandes pipas, mientras los gallos y las gallinas se pasean cantando á su lado. Pero los ojos se fijan con frecuencia en los grupos de mujeres, las cortesanas ó las bailarinas de Lahora, que apenas vestidas y cubiertas de alhajas, le saludan graciosamente y le lanzan miradas amorosas. No es esta la parte menos característica de tan singular espectáculo, que la dominación inglesa ha modificado algun tanto en sus rasgos esenciales.

Revista Española.

Locuras de la canícula. — La Granja y el Escorial. — Verbena de San Lorenzo. — TEATROS. — El Circo. — El Hijo del Regimiento. — Cuadros disolventes. — Ganga para los abonados enfermizos. — Nueva compañía en el Real. — Lujo y pobreza en el de Novedades. — La Ristori. — El jardín de la Camelia. — Nuevo mercado. — Preparativos para la exposición de agricultura. — Oposiciones entre los pintores. — El príncipe Orange. — Esperanzas para el otoño.

En agosto frío en rostro, dice un refran español, tan exacto como casi todos los refranes; y efectivamente, lo que es en la Siberia podrán muy bien helarse las narices humanas durante la canícula; pero en nuestra tierra mas seguro es que se deshagan en sudor por aquel tiempo. Este año sin embargo ha sido agosto una especie de compendio de cuanto pasa en sus once hermanos. Tan pronto subia el termómetro hasta cerca de sus guardillas, como llegaba una mañanita ó una noche en que era inevitable chuparse las uñas y dar diente con diente como si estuviésemos en noviembre. Ora bufaba el Aquilon, ora exprimía no sé quién las esponjas del cielo, vulgo nubes, enviando á la tierra chaparraditas, que en algunos puntos han llegado á formalizarse. Todo, á pesar de tales variaciones, ha seguido en el traje y aspecto de verano: los habitantes de Madrid paseándose de noche en el Prado; y los viajeros y bañistas ocultos por esos andurriales, dedicándose á la vegetación animal y diciendo que se aliviaban y se divertían. Las playas valencianas y las cantábricas han continuado meciendo en sus líquidos colchones una falange de patos y patas aficionados á ponerse en salsa. Vuélvense ya poco á poco mas aliviados... de esperanza los infelices que partieron el mes anterior en busca de aguas minerales, y en el silencioso retiro de Felipe II y en el alegre y pintoresco de Felipe V, disfrutaban de los encantos de la naturaleza los turistas (hablando en español moderno) que no quieren alejarse mucho de la corte.

En estos dos últimos reales sitios celebrábase por agosto sendas fiestas que les proporcionan un día de animación y de bullicio, y una buena dosis de huéspedes que acuden de Madrid á presenciarlas. San Lorenzo, patrono del Escorial, anima el solitario monasterio con solemne funcion de iglesia, recuerdo de los tiempos de su esplendor, y San Luis reúne en los jardines de la Granja á todos los habitantes de los pueblos inmediatos. Y si en la postrera morada de los monarcas españoles han perdido su carácter especial las solemnidades

religiosas por faltar el alma de aquel edificio, imposible de volver á él aunque se le pueble de frailes nuevamente, en cambio el 25 de agosto presenta en las orillas del límpido Balsain el mismo cuadro que debió presentar cuando las animaba la presencia del primero de nuestros Borbones.

¡Qué tarde tan deliciosa la del 25 de agosto! Aquellas fuentes que derraman torrentes de agua cristalina, refrescando dulcemente la atmósfera, y poniendo hecho una sopa al infeliz que se acerca mas de lo justo; aquellas estatuas que parecen jugar y reirse entre las espumas y los líquidos fanales que matiza con irisadas tintas el sol poniente; aquellas ninfas de mármol tan lindas como yo quisiera que fuesen cuantas veo de carne y hueso por las calles: todo entusiasmo y embelosa á la numerosa concurrencia que acude á gozar de tantas y tan inocentes delicias.

Y ¡cuán variada multitud! Allí los trajes madrileños y segovianos, que es como si dijéramos casi-franceses, se mezclan con los antiguos trajes castellanos; allí la pomposa falda de leves telas tropieza con los seis ó siete *briales* de distintos colores, que unos encima de otros como sus hojas la alcachofa, lleva colgados cada labradora sea joven ó vieja, fea ó bonita; allí el gabancillo del elegante patillado se luce junto al bordado colete de ante, recuerdo del siglo XVII que cubre aun el cuerpo de algunos paisanos; allí los dengues y monadas de tal cual niña bonita, representante en aquel sitio del *buen tono*, alternan con los tremendos pisotones que prodigan los *indigenas* al trotar asidos de las manos de veinte en veinte; allí en fin, se repite todos los años la misma funcion, unas veces con muchas familias de la corte por espectadores, otras como este, con pocas, por no haber habido real jornada.

No solo en el Escorial se celebra á san Lorenzo: tambien en uno de los barrios de Madrid se le festeja con cierta cosa que llaman Verbena. Y por cierto que en nada se parece á las que la preceden sino en producir monas, aunque no en tanta abundancia como aquellas. Reducida á una sola calle, apenas se sabe que existe en el resto de la villa. Los santos de barro, las frutas, los juguetes: todo se queda en aquella vecindad, y á no ser alguno que otro curioso aficionado á saber las cosas segun se las refieren sus ojos, únicamente los moradores del distrito gozan de tan especial ó peculiar velada.

Los teatros han estado en agosto casi lo mismo que en julio: á media racion. El Circo sin embargo continúa bastante animado, y no suelen faltar espectadores, por mas que formen la dosis cotidiana que suministra al público zarzuelas ya muy conocidas. Pero está probado repetidamente que aquel coliseo tiene un fortuon tremendo, y además, la señorita *Ramírez* y el nuevo barítono *don Tirso Obregon*, han conseguido excitar simpatías entre los *amateurs* de la Talía zarzulesca. Alentada la empresa con tan buena acogida, ha sacado á las tablas una nueva obra, arreglo hecho por DON VICTORINO TAMAYO, actor de mérito y de felices esperanzas, sobre un vaudeville francés titulado, si mal no recuerdo, *L'Enfant de troupe*. Lleva la versión el nombre de *El hijo del regimiento*, y ha sido puesta en música por don Cristóbal Oudrid, pero á pesar de los buenos esfuerzos de autores y representantes, el público no fué para este hijo tan cariñoso padre como unos y otros hubieran deseado. Además de esto, amputaronle á la tercera ó cuarta noche un pedazo por juzgarlo ofensivo á cierta especie de moral. Sin embargo, la desafortunada pieza sigue llamando gente.

Terminadas en el Circo de Paul las gracias y cabriolas del bailarín *grotesco* FLEXMORE, se ha posesionado de él una modesta compañía de verso, acompañada de un museo de cuadros *disolventes*, los cuales no ha llegado á mi noticia que *disuelvan* nada. La sombra de Napoleon, vistas de ciudades y una tribu de animaluchos, suficientes á llenar el arca de Noé, son los objetos que aparecen á los ojos de los que van á contemplarlos á *oscuras* en el teatrillo de la calle del Barquillo.

Para el de Lope de Vega se anuncia una verdadera ganga. Todo el que se abone, tendrá derecho á disponer cuando le haga falta, de un médico y de un sangrador. De suerte, que mientras el abonado está bueno, la empresa se encarga de divertirse por las noches, y cuando no pueda ir por su pié á buscar la diversion, ella misma se le planta junto al lecho embozada en el manto de la ciencia, y le arregla y restaura en toda forma. No se puede pedir mayor filantropía. Solo una circunstancia se ha olvidado en el prospecto: expresar si los médicos prometidos son homeópatas ó alópatas, ó si hay de todo; así cada interesado podría elegir á tiempo y no exponerse á que le curaran los glóbulos, teniendo fe en las cataplasmas, ó viceversa.

Los otros teatros que se preparan á abrir sus puertas, no ofrecen tanto: por eso se debe hablar de ellos despues de aquel. El Real ha anunciado ya su abono, publicando al mismo tiempo la lista de los cantantes que este invierno han de darle productos con la fuerza de sus gorgoritos. La Medori, la Tosi, Bettini y Echevarría con otros, son los que van á reemplazar á la compañía que tan buenos recuerdos dejó el año pasado. Allí veremos qué óperas escogen y cómo las interpretan.

Del nuevo palenque dramático que ha de inaugurarse con el nombre de NOVEDADES, al frente de las patatas, lechugas y escabeche que están en constante *exhibicion* en la plaza de la Cebada, continúan haciendo grandes elogios los periódicos. Aparecen contratados para trabajar en él, *Valero*, *Calvo* y *Baldun*, segun las listas publicadas, que no son oficiales todavía; y respecto á actrices, en honor de la verdad, no ha tenido la empresa tan buena suerte. No se dice de seguro cuándo

empezará á funcionar; pero entre tanto, corre en lenguas por todas partes la descripción del buen gusto y de la magnificencia que han de reinar en todo el local. Bueno fuera que se reservase algo de tanto lujo para el portalon de entrada, al cual le falta no poco para estar como es debido.

Ya parece positiva la venida á Madrid de la célebre Ristori. Grandes carteles ostentando su nombre en letras como el puño, pregonan el número de reales que ha de costarnos el gusto de verla. Por supuesto, los revendedores se rien de semejantes pregones, pensando que ellos serán realmente los que señalen precios segun es ya costumbre añeja. En fin, alegrémonos porque pronto podremos formar idea propia acerca del mérito de esa *especialidad* europea, y meter la cucharada dando nuestro voto, aunque no nos lo pidan, en la cuestion sustentada por los folletinistas franceses, de los cuales unos la ensalzan á las nubes, y otros la echan debajo de tierra, segun su gusto y sus manías. La *Mirra* de *Alferi*, FRANCESCA DA RIMINI de *Silvio Pellico*, una MEDEA, que no sé si será la de *Della Valle*, y otras varias tragedias menos famosas, son las prometidas: no le falta pues donde lucirse.

El jardín de LA CAMELIA, ese testigo nocturno de las polcas íntimas, bailadas á la alta escuela por modistas y barberillos, ha dado por una noche hospitalidad á la beneficencia. Preparado un baile por las señoras que componen la junta de caridad de la parroquia de San Ildefonso, para socorrer con sus productos á los pobres, verificóse en aquel local con abundante y escogida concurrencia. Fuegos artificiales, globo aereostático y rifas, animaron la funcion; y las músicas de los Ingenieros y de los Cazadores de Madrid marcaban el compás á los danzantes, cuya parte mayor se componia de las parejas tan arraigadas allí como los árboles, reduciéndose al papel de espectadores lo aristocrático y florido del concurso.

La apertura de un nuevo mercado podria proporcionarme asunto para una serie de artículos muy serios, contando la historia de esta clase de *bazares* en la corte española, su porvenir y las ventajas que pueden traer á la decencia y al ornato público. Hablaria del de San Ildefonso, decano de todos ellos, del de San Felipe Neri, que nunca consiguió servir para lo que se hizo, del que en la calle del Caballero de Gracia vivió lo que las rosas, y en fin de algun otro de menos importancia. Pondría la afición que hay aquí á las características plazuelas, con sus cajones ó jaulas de madera, y su alfombra de hojas de berza y cáscaras de melon, sobre la cual triscan las doncellas encargadas de la compra, y los guerreros y paisanos que dedican la mañana á conquistarlas; y acabaria con un paralelo entre los mercados y los pasajes, que en Madrid tienen poco que echarse en cara en cuanto á lucidos. Con toda esta cabeza vendríamos á parar á que he visto el que con la denominacion de San Juan se ha dado á las verduleras, que es peor que darse á los diablos. Y con esto no quiero decir que en semejante sitio haya sentado sus reales el comercio de legumbres y hortalizas; no, porque esto seria faltar á la verdad; el mercado se ha abierto, pero sus tiendas, á excepcion de tres ó cuatro, siguen cerradas todavía. Ni creo que logrará mucha fortuna, ni es digno tampoco de figurar al lado de sus antecesores. Hecho sin duda de prisa y por para especulacion, redúcese á tres patios, uno de ellos separado de los otros por ancha escalinata, oportuno observatorio para los aficionados á brujulear pantorrillas. Al rededor, hállanse los despachos que son cuartitos sin ventilacion, y sin mas luz que la que entra por la puerta. El techo ó cubierta lo forman el cielo y las nubes, y el pavimento tiene alfombra de guijarros lo mismo que la calle.

Siguen trabajando en la Montaña del Príncipe Pio los encargados de habilitar el local para la próxima exposición de agricultura. El lienzo pintado y la madera serán, segun cuentan, los únicos materiales que entren en aquellas construcciones, y háblase ya con elogio de la decoracion de la sala en que debe inaugurarse; así como tambien de los muchos frutos y ganados que se preparan á venir de las provincias.

Los pintores han andado muy entretenidos este mes. Anunciada la oposicion para la plaza de profesor de paisaje en la real Academia de San Fernando, se presentaron seis á tomar parte en ella, quedando la victoria por DON CARLOS HAES, artista casi desconocido en Madrid hasta la exposicion de 1856, en que sus cuadros le dieron general y merecida nombradía. La vista del pintoresco lago de la Casa del Campo, asunto que se dió á todos los opositores para que en él demostrasen su habilidad, ha prestado ocasion al señor Haes de conquistar, además de un legitimo triunfo, los aplausos de toda la prensa. Y en efecto, su cuadro, mas que un lienzo con colores, es una ventana por donde se ve el campo. Tanta verdad hay en aquellos árboles, y aquellas aguas, y aquel cielo.

Tambien el magisterio de dibujo en la escuela de minas se ha provisto en público concurso. Nueve opositores se han presentado, y el número primero, y con él la plaza disputada, ha sido para el dibujante VALLEJO, célebre ya entre nosotros por sus excelentes trabajos. Los que ha hecho para alcanzar esta victoria, han llamado la atencion de los inteligentes, mientras estuvieron expuestos con los de sus contrarios en una de las salas de la Academia de San Fernando. Menos rigoroso el tribunal que el que propuso á don Carlos Haes en primero y único lugar, ha dado número á todos los contendientes, demostrando que si premia al que lo merece, tambien aprecia los esfuerzos y buenos deseos de los otros.

Nada notable ha ocurrido en las provincias durante agosto, á no ser los regocijos y excursiones campestres de los que aun veranean, y los destrozos hechos en algunos puntos por las inundaciones que han tenido lugar de resultas de las abundantes aguas con que nos ha embromado la canícula. Los vecinos de Vigo y de Málaga sin embargo han tenido inesperada ocasion de divertirse con los festejos preparados por las autoridades de ambos puntos para recibir dignamente al príncipe Guillermo de Orange. S. A. ha recorrido sucesivamente uno y otro puerto, siendo visitado á bordo del vapor *Groningen* que lo conducia, por los jefes militares y civiles de cada una de las plazas, y agasajado despues de saltar en tierra con banquetes y funciones de teatro. Aseguran los periódicos que desde Málaga pasará á Granada, deteniéndose algunos dias para ver sus antigüedades, y volviéndose despues á embarcar en aquel puerto. También los de Barcelona esperan verle para el mes de setiembre.

Todo esto mezclado con su salsa de política, nos ha ofrecido el mes de agosto. Preparémosnos pues á divertirnos en setiembre, el de las ferias y los trastos viejos, y el que, cuando no le da por llorar agua y mas agua, alegra los corazones con un sol purísimo, dulce mensajero del apacible otoño.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Revista de Paris.

La historia que vamos á contar es de fecha reciente, porque su desenlace ha tenido lugar en la semana última, pero en el fondo es una historia antigua que desgraciadamente con pocas variaciones se repite con frecuencia.

Hace poco mas de diez años Victoria de X... se casó con el marqués Leon de *** por obedecer á una madre impetuosa que quiso introducirse en los círculos de la gente noble. En aquel tiempo el marqués era uno de esos hijos de familia que despues de haber comprometido su patrimonio en el juego y en los placeres de una sociedad equivocada, se habia decidido á salir del estado de soltero, prometiéndose continuar una existencia dorada con la dote de su mujer que en virtud de las cláusulas del contrato debia quedar á su libre disposicion. Pero en menos de cinco años la fortuna de Victoria habia desaparecido, y la venta de las fincas matrimoniales hecha por mandato judicial advirtió á los esposos que se acababan sus últimos recursos.

En posición tan triste era menester ponerse al abrigo de las necesidades ordinarias de la vida. En su juventud Victoria habia aprendido á hacer flores, y además era una pianista de mucho mérito. Queriendo utilizar estos conocimientos para templar la amargura de su existencia, se presentó en una sociedad que conocia sus infortunios noble y digna como la estatua de la resigacion.

En todas partes fué bien recibida, y las principales señoras de Paris se disputaban sus flores y sus lecciones de música. Este estado de cosas duraba hacia un año cuando un dia el marqués se presentó á su mujer diciéndola:

— Necesito dinero.

— Amigo mio, le respondió la pobre víctima, bien sabes que no te lo puedo dar; cada dia gastas lo poco que yo gano.

— ¿Qué remedio? Yo soy noble y no tengo oficio.

— Sin embargo, no ignoras que desde hace tiempo estamos en la miseria, y que por tu causa...

— Muy bien, muy bien, estoy de mal humor para oír convenciones.

— Y yo no puedo hacer lo que es imposible, respondió Victoria con resolución. Quiero vivir de mi trabajo ya que me veo obligada á ello, para no pedir limosna.

Este coloquio fué interrumpido aquí por la llegada de un amigo de la casa que cambió súbitamente la expresion de las fisonomías.

Era Roberto de S..., joven de unos treinta años, y cuyo franco y hermoso rostro anunciaba mucha grandeza de alma. En su lenguaje y en toda su persona se notaba una distincion exquisita.

— Buenos dias, Roberto, exclamó el marqués con acento amable.

— Buenos dias, amigos míos, contestó este inclinándose ante la marquesa.

— ¿Qué feliz casualidad nos proporciona tan apreciable visita?

— Vengo para cumplir una buena acción.

— En ese caso nos alegramos doblemente, dijo Victoria; pero podemos saber...

— Se trata de un artista de mucho talento, muy pobre, y que ha caído en la cama con una enfermedad grave de la que quizá le puedan sacar nuestros socorros: se ha organizado un concierto en su favor al que asistirá toda la gente principal que hoy se encuentra en Paris, y he pensado en Vds.

— ¡Oh! mil gracias, Roberto, dijo el marqués.

— Sí, aquí traigo un palco en el que estaremos solos, lo mismo que en casa.

— Yo no puedo ir, exclamó Victoria.

— ¿Y por qué? preguntó Roberto sorprendido.

— Decida Vd. á mi señora, amigo mio, en tanto que voy á vestirme.

Y salió del aposento.

— Ya sabe Vd. que no puede ser, dijo la marquesa con emoción. ¿Cómo quiere Vd. que yo me presente en ninguna parte en la posición en que estoy por los desórdenes de mi marido? ¿no sería hacerme cómplice de su pasado al acompañarle ante una sociedad que le aborrece en razon de mis desgracias? Y por último, ¿debo acreditar las calumnias que aun no han llegado á mis oídos, pero que podrían

confirmarse al vernos juntos, aunque con mi esposo?

— Ante todo habia olvidado decir á Vd. que vendrá mi madre.

— Es lo mismo; todavía no se ha olvidado que antes de casarme con el marqués habia Vd. tenido pretensiones á mi mano, y podria creerse que sobrevive á mi union un cariño correspondido.

— ¡Ah! el que tal crea no se engaña.

— Se engaña, dijo con presteza Victoria, si ve en nosotros dos amantes en lugar de ver dos amigos. Así pues, en nombre de esa amistad no insista Vd.; no puedo ni debo asistir al concierto.

— ¿Con que es una decision irrevocable? preguntó el joven en voz baja.

— Sí, aunque doy á Vd. mil gracias por su intencion.

— No insistiré, amiga mia, dijo Roberto tomándola una mano que llevó á su boca.

El marqués entraba entonces.

— ¡Muy bien! dijo mentalmente; Roberto no ha dejado de amarla.

Las seis daban en aquel momento, y un criado traía el diario de la tarde.

— Hay tiempo para comer; siéntese Vd., amigo mio.

Victoria habia cogido el periódico.

— Tenemos desgracia, exclamó; y leyó lo siguiente:

«Por indisposicion de una cantatriz, el concierto que habia de tener lugar esta noche queda aplazado para el lunes próximo.»

— Es imposible.

— Lea Vd.

— Efectivamente, es para el lunes.

Roberto no ignoraba esta circunstancia antes de entrar en casa del marqués. Habia creído hallar sola á Victoria, y cuando vió á su marido, presentó el billete del palco como prueba en apoyo de una buena visita.

Sentáronse á la mesa. La presencia de Roberto habia alegrado un tanto la frente de Victoria y ennegrecido la del marqués que estaba á bizbajo y meditabundo desde que habia sorprendido á Roberto con la mano de su mujer cerca de sus labios. No obstante, ningun otro sentimiento que el de una pura amistad habia dirigido aquella accion; Roberto habria creído cometer un acto de cobardía hablando de amor á Victoria, que por su parte era incapaz de faltar en lo mas mínimo á sus deberes de mujer casada.

Terminada la comida pasaron á la sala donde estaba preparada una mesa de juego. Se convino en apuntar poco, únicamente lo necesario para interesar un tanto á los jugadores. La marquesa sin embargo se puso pálida, fue á un escritorio, sacó de él un cofrecillo que encerraba una docena de onzas, y cuando las repartió con su marido, se dieron los naipes.

En menos de media hora estaba todo el oro en poder de Roberto, quien ignoraba que habia ganado todo cuanto habia en la casa.

Victoria se levantó y pasó á su cuarto pretextando que se hallaba indispueta. Así que se encontró sola vió todo lo triste de su posición que acababa de comprometer por un postrer sentimiento que el mundo llama orgullo, y todo por ocultar á Roberto su estado miserable.

Roberto y el marqués siguieron jugando hasta que este se halló comprometido por sumas muy crecidas. Roberto quiso salir, su amigo le detuvo, y llamando al criado le pidió tintero y papel.

El criado le sirvió inmediatamente; el marqués escribió dos líneas que cerró y selló.

— No se puede Vd. marchar sin darme un desquite.

— La marquesa se ha puesto mala, es tarde ya, dijo Roberto.

— Pronto acabaremos: hé aquí mi puesta, dijo el marqués colocando su carta en el cofrecillo que se habia quedado sobre el velador.

— ¿Cuánto debo poner?

— Veinte mil pesos.

Roberto escribió á su vez:

«Vale por la suma de veinte mil pesos pagaderos á la vista.»

Y cerró y selló el papel, escribió el nombre y las señas de su banquero, y depositó el billete en el cofrecillo.

En el mismo instante se presentó Victoria advertida por el criado de que Roberto y su marido iban á jugar una partida extraña.

— ¿Todavía juegan Vds.? preguntó.

— Sí señora; el marqués me ha pedido un desquite que me ha sido imposible negarle.

— ¿Y dónde están las puestas?

— En ese cofrecillo, cuya llave entrego á Vd. para que se la dé al favorecido por la suerte.

Ganó Roberto. El marqués se levantó pálido como un cadáver y salió en una turbacion extraordinaria.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Victoria entregando la llave del cofrecillo que fué abierto inmediatamente.

— ¡Ah! corramos, exclamó Roberto despues de haber leído el escrito que acercó á la llama de la bugia.

Pero pronta como el pensamiento, Victoria le arrancó al fuego y leyó á su vez:

«Pagaré con mi vida. — Sed dichosos.»

En el mismo instante la explosion de una pistola sembraba el espanto en la casa. Victoria habia caído desmayada. Cuando volvió en sí se encontró viuda.

De los detalles de este horrible drama de la vida real pasamos sin transicion á un episodio de la comedia parisiense. Hé aquí su principio.

En los primeros dias del último agosto un joven poeta poco favorecido por las musas, pero en una posición de fortuna que bajo el punto de vista pecuniario le permite prescindir de sus favores, acababa de almorzar y se encontraba en su elegante gabinete de trabajo entregado á sus ilusiones poéticas. Algunos meses antes habia publicado un tomo

de versos que habia impreso á su costa, y la edicion entera se hallaba sin vender en la librería, lo que contristaba sobremanera al Lamartine en ciernes.

De repente oye un campanillazo, y un criado le anuncia la visita de una dama llamada Enriqueta H...

— Que entre, dice el joven, preguntándose para sí quién podia ser aquella persona cuyo nombre no recordaba.

Cuando la puerta se abrió, vió entrar una joven hermosa con un traje elegante, rico y de buen gusto.

— Caballero, le dijo impetuosamente, Vd. no me conoce, pero yo sí conozco á Vd.: nuestras almas simpatizan y se comprenden... he leído sus versos de Vd. y le declaro que le amo con toda mi alma.

El poeta debió levantar á la joven que acababa de dejarse caer á sus piés en una actitud suplicante y respetuosa. Si hubiera sido un hombre como todos los hombres, habria tenido algunas dudas sobre la sinceridad de una declaracion tan repentina y espontánea; pero es un poeta, y no solo creyó en las palabras de aquella mujer sensible, sino que se conmovió hasta en lo mas recóndito del alma, y bebió con avidez el veneno de la lisonja. Su fisonomía expresaba un júbilo que en vano trataba de disimular.

Entonces Enriqueta con su voz mas humilde y mas tierna murmuró á sus oídos estas palabras seductoras:

— Jorge, te he querido ver una vez, una vez sola, está será la primera y la última. No he podido resistir al deseo de conocerte. Te amo y huyo lejos de tí. Sin embargo, antes de separarnos para siempre, dime, Jorge, ¿no consentirás en acordarme una gracia, la única que en mi vida te pediré?

— ¡Oh! ¿Qué puedo yo negar á la mujer que...

No concluyó; pero queria decir: que ha leído mis versos?

— Pues bien, poeta mio, ¿ves esta sortija que llevo en el dedo? Es una alhaja de familia que tiene algun valor; tómala y dame en cambio un recuerdo tuyo, lo que quieras, una cosa insignificante, con tal de que te haya pertenecido.

Jorge tenia las lágrimas asomando á sus párpados; un precioso afiler brillaba en su corbata, era un diamante de mucho valor engastado en oro. Se quitó este afiler, le presentó á la joven que se sonrojó de alegría, y le dijo estrechando sus manos trémulas:

— Gracias, mil gracias, Jorge. La confianza que me has demostrado debe pagarse con otra confianza.

Y al oído le confió que vivia en la calle de Richelieu, y salió radiante de gozo.

Apenas habia atravesado el umbral de la puerta, cuando Jorge tomó su sombrero y se dirigió á casa del encargado del despacho de sus poesías.

— ¿Con que ya empezamos á vender? preguntó al librero con un gozo inexplicable.

— ¡Ay! No he vendido nada.

— ¡Cómo! ¿No ha vendido Vd. ni siquiera un ejemplar de mis versos?

— Con sentimiento respondo á Vd. que ni uno solo se ha despachado.

Esta frase fué una puñalada para el crédulo y sencillo poeta. Corrió á la calle de Richelieu, halló el número y la casa, pero en ella no vivia semejante mujer, ni habia vivido nunca.

Con una ansiedad que iba en aumento, contempló el anillo y entró en una joyería. ¡Ay! la piedra preciosa era un cristal de la especie mas comun.

¿Qué burla para el poeta!

Este lance divulgado por los periódicos despertó el celo de la policía, que en estos dias últimos ha logrado por fin echar la mano á la ingeniosa y osada aventurera.

A la izquierda del Palacio de la Industria en los Campos Eliseos se va á levantar un magnífico diorama. Ya se está nivelando el terreno, y ya se han cortado los árboles en el espacio que deben ocupar las construcciones. El edificio se encontrará en el centro de un hermoso jardín; y será el punto de partida de la serie de obras destinadas al embellecimiento de esa parte de los Campos Eliseos que se quiere convertir en un gran paseo.

Este diorama se instituye para que en él se vean reproducidos todos los acontecimientos de la época á medida que tengan lugar, de modo que presentará el cuadro animado y variable de la historia contemporánea. Museo de artillería, música militar, todo se organizará allí con el mayor cuidado, á fin de que nada falte para el mayor esplendor de las escenas representadas.

Los primeros asuntos que hemos de ver han sido elegidos entre los acontecimientos de la guerra de Crimea desde el desembarco en Galipoli y la batalla del Alma hasta la toma de Sebastopol.

La direccion de toda la parte artística se ha encomendado á M. Durand Brager, quien hará los bocetos de los cuadros, que serán pintados por los artistas franceses mas distinguidos. La emulacion será grande, pues cada cual firmará sus obras. En cuanto á M. Durand Brager nadie mas propio para dirigir una obra de esta naturaleza; todo el mundo confia en su talento, y los lectores de este periódico no han olvidado sin duda con cuánta minuciosidad y detencion, testigo ocular de lo ocurrido, ha trazado con su pluma y con su lapicero los sucesos dignos de eterna memoria que han inmortalizado en la Crimea á los ejércitos franceses.

MARIANO URRABIETA.

Una visita inesperada.

La reina Victoria acaba de hacer una excursion en la Mancha acompañada del príncipe Alberto, de dos de sus hijos y del duque de Cambridge. La cosa era muy sencilla, pero la han dado mucha importancia, porque la reina tuvo á bien desembarcar con su comitiva en Cherburgo. En una carta fechada en Valognes el 19 de agos-

to último, se dan sobre esta visita los siguientes pormenores:

S. M. la reina de Inglaterra, acompañada del príncipe Alberto, de sus hijos y del duque de Cambridge, ha hecho una corta excursión en la Normandía.

S. M. llegó de incógnito ayer mañana á Cherburgo, pasó el día en esta ciudad, y á las cuatro de la tarde salió para Briquebec á fin de visitar las ruinas de un antiguo castillo que llama desde hace largo tiempo la atención de los extranjeros.

Este castillo se halla situado en medio de la aldea en un lugar poco elevado, y cerca de un arroyuelo cuyas aguas llenaban los fosos que rodeaban aquella fortaleza. Su recinto es casi circular, y se halla defendido por siete torres; la puerta de entrada se había practicado bajo una de esas torres que era cuadrada, y se llamaba la Torre del Reló.



La reina de Inglaterra visitando las ruinas del castillo de Briquebec (Mancha), el 13 de agosto de 1857.

De ella se pasaba al torreón cuya altura era de 30 metros. Concluye en una glorieta desde donde la vista descubre un magnífico panorama.

Los cuerpos de habitación parecen ser del siglo XIV, pero son posteriores á la construcción del castillo que remonta al siglo XI.

Todo el país se hallaba cubierto de monte frondoso que ha desaparecido hará una docena de años.

La reina después de haberse detenido algunos instantes en la posada construida en las ruinas del viejo castillo, se volvió á Cherburgo de donde salió en la noche del martes último.

El camino estaba cubierto de gente; tipos normandos con su traje particular que llamaba sobremanera la atención de los augustos viajeros.

La reina ha sido recibida con muchos honores por todas partes.

C. P.

La guerra de la India.

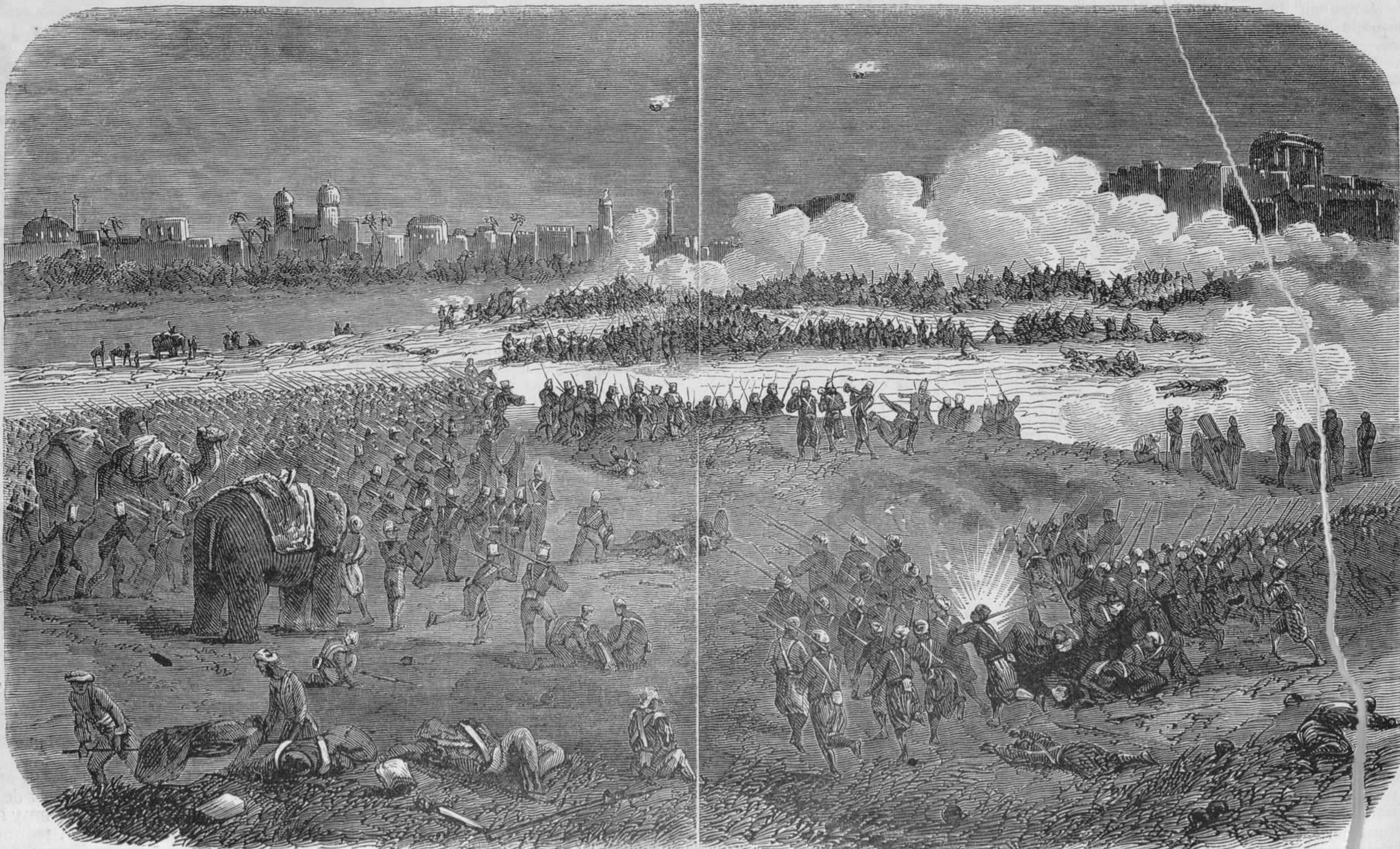
Las noticias llegadas de la India hasta el día de hoy no permiten el poder apreciar en sus causas y en sus consecuencias el conjunto de los hechos que ocurren en este momento en las posesiones inglesas del Indostan. Los despachos publicados dan á conocer confusamente actos cuyo carácter y gravedad no están bien definidos, y es de extrañar que la prensa de Londres siempre bien informada sobre acontecimientos de menor cuantía, se halle desprovista de las comunicaciones preciosas que siempre abundan en ella. Es difícil pues, juzgar con acierto la situación verdadera de los asuntos de la India en presencia de los relatos poco circunstanciados y poco explícitos que se imprimen. Los hechos presentados en un principio como una relajación de la disciplina militar, se han generalizado bastante para autorizar serios temores, aunque sin embargo nada in-

dica hasta hoy que tengan un plan los revoltosos. Tampoco podemos conocer el número de las fuerzas de que disponen.

El foco de la sedición (que es el nombre que se da al movimiento) parece hallarse concentrado en la provincia de Delhi. Las sublevaciones señaladas en diferentes puntos del imperio británico de las Indias están comprimidas sino sofocadas, excepto las del reino de Uda que confina con el Delhi. Aun suponiendo que en esta provincia la resistencia de los insurrectos se prolongara por algún motivo, no hay duda que las tropas europeas la vencerán fácilmente. El país ofrece en efecto pocos medios de defensa. Apenas está defendido mas que al Sudoeste por la línea del Ganges, vadeable en pocos sitios, y durante un corto tiempo del año. Un buen camino pone en comunicación Lucknow la capital, con

Cawnpore, uno de los principales establecimientos militares de los ingleses. El país está llano y presenta por consiguiente grandes ventajas á las tropas europeas. Por lo demás, el gobierno de la India ha demostrado siempre que temía poco los ataques de esa provincia, y nunca ha mantenido en ella mas que de tres á cuatro mil hombres de tropas regulares y dos mil indígenas.

No sucede lo mismo con Delhi, que por su situación tiene una gran importancia política y militar. Colocada entre el Decan y el valle del Ganges por una parte, el Penjab y el Afghanistan por la otra, siempre ha desempeñado un gran papel en las tentativas que han sido hechas contra el gobierno central. El país se halla cortado por el camino principal de Calcuta, y tiene otras vías todas excelentes. La población no es mucha; en toda la provincia se contarán unas 300,000 almas, pero



Combate delante de Delhi. — Una salida de los insurrectos.

mas de la mitad de esta poblacion está encerrada dentro de los muros de Delhi y en sus cercanías, y semejante aglomeracion es amenazadora para las tropas inglesas.

La ciudad situada en una meseta, tiene doce millas de circunferencia; está rodeada de murallas por tres de sus lados, y el rio Jumna la guarnece por el lado abierto. Muchos bastiones sobre largas cortinas defienden la plaza, y las ruinas que se hallan en las inmediaciones crean verdaderos obstáculos al ejército sitiador. El pais al Sudoeste de Delhi es montañoso, y si los sublevados arrojados de la ciudad pudieran refugiarse en las gargantas de esas montañas y mantenerse en ellas, no hay duda que pondrian en un gran apuro á la guarnicion inglesa de Delhi. Damos aquí una vista tomada en una de las dos cordilleras de montañas que corren en la direccion del Sur, la que está al Oeste. Esta vista representa un paso en la roca, que es el camino de Mushee hácia la vertiente opuesta. La naturaleza de esos lugares da á conocer que si se encendiera una guerra de montaña, hallaria poderosos recursos en esa parte de la provincia de Delhi.

Tal es el teatro en que opera en este momento el ejército inglés que debe vencer una insurreccion que se parece mucho á una guerra, con fuerzas numerosas bien inferiores á las del enemigo. Nada justifica mejor á nuestro parecer la observacion de Victor Jacquemont que en el hecho de la dominacion inglesa veia un efecto de la fuerza moral, mas bien que de la fuerza material. Ese poderío moral ha permitido á la Compañía de las Indias el realizar una vasta monarquía, y gracias á él se halla revestido su delegado del prestigio y las prerogativas de la soberanía, y aun añadiremos de la soberanía mas envidiable, como puede verse en otro de los dibujos que acompañan á este artículo, si es que la pompa y el aparato de la autoridad constituyen la grandeza.

Damos tambien entre nuestros grabados la representacion de un combate delante de las murallas de Delhi. De cuando en cuando los rebeldes hacen de estas salidas sin obtener jamás ningun resultado favo-

rable para ellos; los ingleses se quejan de falta de gente y de artillería para dar un ataque decisivo.

ambicion, que antes era puramente militar, cede inevitablemente á otra de diferente género, y no son las

— Bajo el epigrafe *Los oficiales ingleses en la India y necesidad de un nuevo sistema*, acaba de publicar el *Times* el artículo siguiente, que como todo lo que se refiere á la India, se leerá sin duda con interés:

« Los oficiales ingleses que sirven en el ejército indigena de la India, pueden ser valientes y capaces, como indudablemente lo son; pueden ser mejores políticos y estar mas versados en el arte de la guerra que los que han recibido el real despacho de S. M., pero carecen de una cosa que la experiencia ha acreditado ser indispensable. La falta de relaciones con sus soldados hace que estos oficiales no tengan prestigio ni autoridad sobre ellos. Solo así se explica que los oficiales ingleses del ejército de la India hayan podido ignorar por tantos meses una conspiracion debidamente organizada que tenia minado todo el ejército. No cabe la menor duda de que la diferencia de raza, de idioma y de religion hacen mas posible una conspiracion de esta naturaleza; pero por lo mismo debiera haberse adoptado un sistema mas á propósito para hacer que el oficial inglés estuviese mas en contacto con el cipayo.

Cualquiera que haya leído el extracto de una carta de sir C. Napier, que insertamos en otro número, no puede menos de haber recordado las continuas lamentaciones del anciano romano sobre la decadencia de las virtudes militares. Cuando Roma, despues de haber conquistado el mundo, tuvo que gobernarlo, presentóse una nueva clase de candidatos para los empleos militares. Estos hombres se cuidaron muy poco de conservar el toco tipo del soldado, ni se afanaron mucho para ganar el aprecio de los mercenarios, y de los bárbaros; lo que estos hombres necesitaban era gobiernos y otros empleos lucrativos, patronatos ó robo, como medios para el bienestar presente y la elevacion futura. Verdad es que el militar ha apreciado siempre estas cosas lo mismo que los demás hombres; pero cuando terminada una guerra se conservan los ejércitos como guardianes ó como galas de la paz, entonces la era puramente militar, cede inevitablemente á otra de diferente género, y no son las



Paso de las montañas al Sudoeste de Delhi, en las cercanías de Mushee.



Marcha del gobernador general de las Indias.

cualidades militares las que merecen los empleos. En un caso de apuro nos acordamos en seguida de Napier, Campbell, Windham ó Van-Cortlandt, es decir, de un verdadero militar; pero cuando no esperamos guerra, sino diplomacia, tratados, gobiernos y paz, entonces nos inclinamos en favor de los hombres que descuellan en el campo antiguo de las carreras, en el escritorio, en el club, etc.

Entonces protegemos á los hijos de hombres honrados ó de nuestros amigos políticos; así que el ejército viene á ser mandado por la misma clase de personas que ocupan los varios ramos de la administración civil. Debe mirarse mucho en elegir hombres de esta especie para el servicio de la reina, pues cuando en tiempos ordinarios un jóven inglés, con no muy grande ardor militar, y sin mas ambición que el deseo de gozar y hacer fortuna, marcha á la India para incorporarse á su regimiento, nada encuentra en él que despierte su espíritu militar. El regimiento, cuya instrucción y disciplina están enteramente á cargo de los oficiales indígenas, está en un estado brillante. Si el nuevo oficial quisiese intervenir en estas cosas no haría mas que disgustar á todos, pues no habiendo nada que hacer, su oficiosidad parecería inoportuna; por consiguiente no tiene que pensar sino en divertirse y pasar el tiempo alegremente con sus compañeros. Eso es lo que crea esos hábitos de indolencia y de flojedad, de los cuales sir Carlos Napier, acostumbrado á tratar con militares severos, se queja tan amargamente, y que, según él, desconciertan al oficial, enagenándole el respeto de los indígenas.

Siempre que se ha hecho la descripción de un gran general se le ha presentado como un hombre que ha sabido conquistarse las simpatías de sus soldados, se ha dicho de él que conocía á un gran número por su nombre, ó bien que, marchando muchos ratos á pié en medio de ellos, se informaba por sí mismo de sus necesidades. Estas particularidades pueden ser mas propias de una época que de otra, y aun no pasar de exageraciones poéticas. Pero sea como quiera, todo tiende á demostrar que las frecuentes relaciones y el compañerismo entre oficiales y soldados son necesarios para conservar las virtudes de un ejército.

Si estas relaciones son imposibles en el ejército de la India, serán también inevitables los motines. Cuando la falta de simpatía entre el oficial y el soldado se encuentra agravada por la circunstancia de que el uno es conquistador y el otro conquistado, ha de conducir indispensablemente á un rompimiento de los de peor género. En la patria, donde existe un cierto grado de simpatía entre todas las clases, y cuando menos un sentimiento de prudente justicia, ningún ejército podría marchar mucho tiempo sin satisfacer sus obligaciones pecuniarias.

Sir C. Napier dice que en la India es una desgracia ver á millares de cultivadores arrancados por años enteros á sus tareas, para hacerles prestar forzosos servicios en las marchas de nuestro ejército, en las cuales pierden sus caballerías y sus carros. El general atribuye esto á las complicaciones y atraso de un sistema que por do quiera conduce á la crueldad. Semejante conducta no hace mas que enajenar la comun simpatía, primer elemento de todo buen militar, y ayuda á explicar el presente desastre.

Tan luego como hayamos salido de esta calamidad debemos dirigirnos á las personas que son capaces de tomar prontas medidas para unir los discordantes elementos del ejército de la India. Desde luego es necesario aumentar el número de oficiales ingleses, y aun en muchos regimientos estos deben figurar por mitad; pero tanto si esto se efectúa, como no, debe hacerse que el oficial se roce mas con sus soldados, y no separarle de su lado desde el momento que ha aprendido su idioma y adquirido su confianza; nunca debe colocarse al oficial en una posición desventajosa, distrayéndole de sus deberes.»

EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Continuación.)

— ¿Habeis estado tísico?

— En tercer grado, si es que la Facultad no se burló de mí.

Y citó los nombres de los médicos que le habían tratado y condenado. Contó como había concluido por cuidarse á sí mismo, sin remedios nuevos, en el campo, lejos del ruido y esperando la muerte bajo el cielo de Corfu.

El doctor Le Bris le pidió permiso para consultarle, á lo que se negó con un terror cómico. Sabía la historia del médico que mató á su enfermo queriendo descubrir como había sanado.

Una hora despues, el conde estaba sentado á la cabecera de Eulalia.

La enferma tenia el rostro encendido, y respiraba con fatiga.

— Venid aquí, dijo á su marido, tengo que hablaros seriamente. ¿Observais que estoy algo mejor? Acaso voy por buena vía, y ya está comprometido vuestro porvenir. ¡Qué chasco si viviera! Habeis perdido tres meses á estas horas, cosa que nadie esperaba. En mi familia tenemos la vida dura, será preciso que me mateis. Ya sé que teneis derecho para hacerlo, vuestro dinero

os ha costado. Pero dejadme algunos dias mas, la luz es tan hermosa; me parece que respiro mas fácilmente.

El conde la tomó la mano que estaba ardiendo.

— Eulalia, la dijo, acabo de cenar con un jóven inglés que os presentaré mañana; estaba peor que vos, según asegura, y el cielo de Corfu le ha sanado; ¿queréis que vayamos á Corfu?

La jóven se incorporó en su lecho, le miró fijamente y le dijo con una emoción delirante:

— ¿Sería verdad?... ¿podré yo vivir?... ¿podré ver á mi madre?... ¡Ah! si me salvaras, toda mi vida sería poco para pagar tu deuda. Te serviría como una esclava, educaría á tu hijo, haría de él un grande hombre... Pero ¡ay! no me has elegido para eso. Amas á otra mujer, la escribes, deseas el momento de volverla á ver, y todas las horas de mi vida son otros tantos robos que te hago.

Dos dias muy malos pasó en aquel cuarto de posada, y creyeron que moriría sobre las ruinas de Pompeya. Sin embargo, pudo levantarse en la primera semana de abril. La llevaron á Nápoles; la embarcaron en un vapor que salía para Malta, y de allí un buque del Lloyd austriaco la trasladó hasta el puerto de Corfu.

V

EL DUQUE.

El duque y la duquesa de la Torre de Embleuse se habían despedido de su hija en la sacristía de Santo Tomás de Aquino.

La duquesa había llorado mucho; el duque tomó la separación mas alegremente para tranquilizar á su mujer y á su hija, y quizá también porque no había hallado lágrimas en sus ojos. En el fondo del corazón no contaba con la muerte de Eulalia; con la anciana condesa de Villanera, creía en un milagro. El duque se hallaba firmemente persuadido de que una felicidad no viene nunca sola, y todo le parecía posible desde que la fortuna había vuelto á serle propicia. Comenzó por anunciar el restablecimiento de su mujer, y con efecto no tardó mucho en verificarse.

La duquesa era de una constitución robusta como toda su familia. Las fatigas y las privaciones tuvieron mucha parte en la enfermedad crítica que la dieron los años, y á esas causas tenemos que añadir las angustias cotidianas de una madre que espera el último suspiro de su hija.

La señora de la Torre de Embleuse padecía mas aun con los dolores de Eulalia que con los suyos propios. Cuando la separaron de su querida enferma se fué mejorando visiblemente, y participó con menos pena de los males que ya no veía.

La imaginación nos hace padecer tanto como los sentidos. Una desgracia lejana pierde algo de su crudeza. La duquesa no podía ser dichosa ni vivir en paz, pero al menos libertó su sistema nervioso de la acción directa del peligro. Sin estar sosegada no aguardaba ya por minutos el último suspiro de su hija.

Nunca abrió sin temblar una carta de Italia, mas en el intervalo de cada correo tuvo momentos de descanso. A las vivas angustias que la atormentaban sucedió un dolor sordo con el cual llegó á familiarizarse. Experimentó el triste alivio de un enfermo que pasa del estado agudo al estado crónico.

Un amigo del jóven doctor la visitaba dos ó tres veces por semana; pero su verdadero médico era siempre Le Bris, que la escribía á menudo como á la Chermidy, y aunque trataba de no contradecirse, las dos correspondencias tenían muy poco de comun. Repetía á la pobre madre que Eulalia vivía, que la enfermedad se había detenido en el camino, y que aquella feliz suspensión de una marcha fatal podía infundir esperanzas de un milagro. No esperaba curarla, y decía á la Chermidy que Dios solo era capaz de aplazar indefinidamente la viudez del conde: la ciencia no podía salvar á la condesa de Villanera improvisada. Vivía aun, y parecía que la enfermedad se había detenido en el camino, pero como un viajero que descansa en una posada para marchar mejor al día siguiente.

Eulalia se encontraba siempre muy débil durante el día, muy febril y agitada á la aproximación de la noche. El sueño huía de sus párpados, tenia apetito rara vez y rechazaba los manjares así que los había probado. Su magrura era espantosa, y la Chermidy habria tenido gran placer en verla. Su piel límpida y transparente acusaba todos los huesos, todos los pliegues musculares; los pómulos de las mejillas parecía que se querían salir de su rostro. Excesiva habia de ser la impaciencia de la Chermidy para que pidiera otra cosa mejor.

El duque no sabia tanto y celebraba ya con variados regocijos la curación de su hija. En la edad de la experiencia aquel anciano cuyas canas se habrían respetado si hubiera tenido cuidado de tenerlas, resistía mejor que un jóven á todas las fatigas del placer. Fácilmente se adivinaba que mas pronto acabaría con sus escudos que con sus necesidades y sus fuerzas. Los hombres que entran tarde en la vida encuentran reservas extraordinarias para sus últimos años.

Aunque millonario, tenia poco dinero disponible. El primer semestre de sus rentas vencía el 22 de julio, y entre tanto era preciso vivir con los 20,000 francos que entraron en la casa con los regalos de boda. Era lo suficiente y aun sobraba para pagar las deudas menudas que esperan con menos paciencia que las grandes. Si la duquesa hubiera podido disponer de aquella fortuna humilde, habria puesto una casa muy decente; pero el

duque siempre que habia habido dinero le habia guardado con llave. Satisfizo á pocos acreedores, se negó rotundamente á comprar muebles, y á despecho de la duquesa y de la razón conservó un aposento de 12,000 fr. donde no estaba casi nunca. De tiempo en tiempo daba veinte francos á Semíramis para los gastos de la cocina, pero no pensó en preguntar cuánto se la debía de salario. Compró dos ó tres vestidos magníficos á la duquesa que carecía de la ropa blanca mas indispensable, pero lo que empleaba diariamente en su propia persona nadie lo sabia.

Y no se crea sin embargo que hacia alarde del odioso egoísmo de ciertos maridos que arrojan el dinero sin contar, y piden cuenta á la mujer de todo lo que gasta. El duque acordaba á la duquesa tanta libertad para los gastos pequeños, como él se reservaba para los grandes: era siempre con ella el mismo hombre cortés, solícito y tierno que la pobre mujer adoraba hasta en sus faltas. Informábase de su salud con una atención casi filial; le decía diariamente: sois un ángel guardian, y le prodigaba nombres tan dulces que sin el testimonio de los espejos ella habria podido creerse en los veinte años. Esto es mucho, porque el marido peor solo es despreciable á medias cuando deja una dulce ilusión á su víctima.

No obstante, el anciano bajaba con presteza todos los escalones que no debe bajar un hombre bien nacido. Cuando circuló en Paris la noticia de su nueva fortuna, encontró en el bosque de Boulogne á muchos conocidos antiguos que habían tomado la costumbre de desviar los ojos cuando le veían. Le convidaron á varias de las reuniones del barrio de Montmartre, donde los hombres mas encopetados suelen juntarse en malas compañías. En algunos de aquellos salones pudo descubrir muebles que él habia comprado, y miró la hora en relojes que le habían costado su dinero.

La rabia del juego entorpecida en él hacia muchos años, se despertó mas ardiente que antes, pero hizo el papel de víctima en torno de los tapetes sospechosos que barre de cuando en cuando la policía. Esa gente peligrosa que descuella en lisonjear todos los vicios de que vive, preparó una recepción triunfante al duque de la Torre de Embleuse. Aplaudieron en él esa juventud póstuma que salía de la miseria como Lázaro de su sepulcro, le probaron que tenia veinte años, y el trató de probarse á sí mismo.

Volvió á tomar la costumbre de cenar con gran detrimento de su estómago; bebió vino de Champaña, fumó cigarros y rompió botellas. En esas reuniones toda dignidad se halla ausente. Sin embargo, los recién llegados de la provincia, los extranjeros que siempre abundan en Paris y los hijos de familia libres de la tutela, admiraron los modales aristocráticos de aquel noble decaído. Los hombres le respetaban mas que él se respetaba á sí propio; las mujeres contemplaban en él una ruina que ellas habian hecho y que aun estaba firme. En ciertos círculos de la sociedad parisiense se hace mas caso de un veterano que se ha comido ciento veinte mil libras de renta, que de un soldado que ha perdido dos brazos en el campo de batalla.

Seguía á la sociedad en cuestión á todos los lugares donde ella se transporta. Asistió á las primeras representaciones de los teatros secundarios; en suma, el respeto de su nombre, que le acompañó en la primera mitad de su carrera, pareció que le abandonaba para siempre, y en dos meses llegó á ser el viejo mas corrido de Paris. Quizás se habria contenido un poco si el ruido de sus acciones hubiera podido llegar hasta su familia. Pero su hija estaba en Italia, la duquesa vivía encerrada como en un claustro, no tenia que guardar respetos á nadie.

El contraste de su nombre y de su conducta le dió en breve una popularidad de baja esfera que le envanecía de un modo inexplicable. Muchas veces le vieron, á la salida del teatro, en un café del boulevard del Temple, rodeado de figurantes y de cómicos inferiores que bebían ponche á su salud, le contemplaban con asombro, y se disputaban la gloria de estrechar la mano á un duque que no era orgulloso. Cayó mas abajo aun: pasó las barreras con su gente y se sentó á la mesa de una taberna. En el siglo XIX es muy difícil avillanarse con elegancia. Solo en tiempo de Luis XIV se hizo con algun éxito la prueba; en nuestros dias dos ó tres altos señores quisieron reanimar la tradición, pero infructuosamente; el alma mas altanera se envilece con una rapidez increíble en las diversiones nauseabundas del pueblo. Los únicos desórdenes á que se resiste durante algun tiempo, son los que cuestan mucho.

El pobre duque se hallaba en el último escalon cuando dos personas le tendieron la mano por causas diferentes. Sus salvadores fueron el baron de Sanglié y la Chermidy.

El baron hacia algunas visitas al duque y á la duquesa; era su antiguo casero, el testigo del matrimonio de Eulalia y el amigo de la familia. Hallaba siempre en casa á la duquesa, jamás al duque, pero todo Paris le daba noticias de su deplorable amigo. Por el honor de la nobleza resolvió salvarle, así como le habia dado habitación por lo mismo en otro tiempo.

El baron es lo que se llama un caballero; aunque no es hermoso, tiene una fisonomía que corresponde á su título. Su ancho rostro, vivo de color, se oculta en un zarzal de barba roja. Es robusto como un cazador, algo abultado de vientre, y nadie le daría mas de cuarenta años aunque ha pasado ya de los cincuenta. Los barones de sangre son de una época en que se edificaba con solidez. Bastante rico para pasarlo grandemente sin hacer nada, tiene mucho cuidado con su persona, y vive para

vivir bien. Su traje y sus modales son igualmente aristocráticos. Todas las mañanas se le encuentra con vestidos anchos, confortables y de una elegancia discreta, y por la noche viste perfectamente sin que parezca haberse engalanado. Es de esos hombres que nunca por el vestir llaman la atención: se diría que sus fracs han nacido sobre ellos y con el follaje natural de su persona. Sus levitas se hacen en Londres y sus fracs en París. Cuida muy bien de su cuerpo, ese otro vestido del hombre. Monta á caballo todos los días, y frecuenta el juego de pelota; está abonado á los teatros líricos, y juega al whist en su club. Excelente jugador, convidado alegre y bebedor magnífico; inteligente en cigarros y en pinturas, ginece perfecto, hombre indiferente á las novedades literarias y á las cosas políticas, fácil en prestar á los que devuelven, generoso si se presenta la ocasión con los que no tienen nada, muy llano con los hombres, y de una urbanidad natural con las señoras, es amable y bueno como todos los egoístas inteligentes. Hacer bien sin incomodarse es también egoísmo.

No era operación fácil salvar al pobre duque, y el baron no habría podido conseguirlo sin un auxiliar poderoso, la vanidad, que aun sobrenadaba un poco en aquel triste naufragio de todas las virtudes aristocráticas: el baron de Sanglié le cogió por la vanidad como se agarra por los cabellos á un hombre que se ahoga.

Le fue á buscar por los lugares inmundos que frecuentaba, le tocó vivamente en el hombro, y le dijo con esa franqueza que oculta también la lisonja:

— ¿Qué haceis aquí, mi querido duque? No es este vuestro lugar, todo el mundo os desea entre nosotros, hombres y mujeres. Vuestra familia ha figurado entre la nobleza desde el tiempo de Carlo Magno, y no tenéis derecho para interrumpir así la tradición. Todos nosotros os necesitamos; ¡qué diantre! si os enterrais aquí en la flor de la edad madura, ¿quién nos dará lecciones de elegancia? ¿quién nos enseñará el arte de devorar grandemente una fortuna, y el arte de agradar á las mujeres que se va perdiendo cada día?

El duque respondió murmurando como un bebedor despertado en tiempo inoportuno. Gastaba en paz su nueva fortuna, no deseaba recuperar las costumbres incómodas que impone el mundo á sus esclavos, una pezaza invencible le encadenaba á los placeres que no exigen gastos de tocador, de decencia ó de entendimiento; pretendió que se hallaba muy bien, que no deseaba nada mejor, y que cada cual se divierte á su manera.

— Venid conmigo, repuso el baron, y os juro que encontrareis diversiones mas dignas de vos; no temais, que nada perderéis en el cambio, se vive muy bien entre nosotros, y lo sabeis mejor que nadie. No os imaginéis que haya venido con ánimo de conducirnos á vuestra casa; para esto os habría mandado un misionero. Yo soy un poco de vuestra escuela, no desprecio ni el vino, ni el juego, ni el amor; pero sostendría contra todo el mundo y contra vos mismo que un duque de la Torre de Embleuse no debe embriagarse, ni arruinarse, ni condenarse sino en compañía de los suyos.

Con argumentos de esta naturaleza se dejó convertir el anciano, que al cabo volvió, no á la virtud (el camino era demasiado largo para sus cansadas piernas) sino al vivir elegante.

El baron de Sanglié le llevó á una de las principales sastrerías del boulevard, y le hizo endosar la librea de los hombres de mundo. Aquel enfermo singular idolatraba su vieja persona, pero economizaba lo mas que podia en los gastos del culto.

Había conservado el hábito de teñirse y de pintarse, y no descuidaba ninguna de las prácticas que podían devolverle una apariencia de juventud, pero gustaba de parecer mas nuevo que su frac. Mediante algunas varas de paño fino vinieron á probarle que un frac nuevo rejuvenecía á un hombre, y él mismo confesó que los sastres no son indignos de aprecio. Este era ya un gran paso; un hombre bien vestido está salvado á medias. Los padres de familia lo saben perfectamente, y así cuando vienen á sacar en París á un hijo pródigo de las malas compañías, su primer cuidado es llevarle á casa de un sastré famoso.

El baron se encargó de presentar á su discípulo, y le procuró la admisión en su club. Allí se comía bien, y el duque de la Torre de Embleuse no perdió en el cambio de cocina. Antes de su conversion el alimento excitante de las tabernas y el uso de las bebidas fuertes irritaban su estómago, enrojecían su lengua, y le condenaban á una sed inextinguible, que engañaba bebiendo mas y mas, de modo que el pobre hombre se hallaba encerrado en un círculo vicioso del que no habría podido salir sino con la muerte.

La duquesa se asustaba mucho al notar el ardor de su aliento; no se atrevía á confesarle sus terrores, pero colocaba discretamente cerca de la cabecera de su cama algun refresco perfumado que él dejaba perder. La mesa del club lo restableció insensiblemente, aunque no se privaba de nada. La afición al juego le contuvo bajo la férula de su salvador. Los miembros del club jugaban al wisth y al ecarté con cierto atrevimiento, pero sin intemperancia, rara vez se ponía mas de un luis, y la distracción no envolvía peligro ninguno para un millonario. Si aventuraba él una crecida suma sobre una carta, nadie tenía derecho para llamarle á la razón, pero al menos se habían puesto de acuerdo á fin de no abrir grandes brechas á su bolsillo. Le conocían y se interesaban en su favor, como si se tratara de un convaleciente. Un jugador se conduce como un hombre prudente ó como un loco, según la voluntad de los que le rodean; al duque quisieron sujetarle, pero con mano tan delicada que apenas sintió la brida.

Los principales salones abrieron para él sus puertas. En la aristocracia reina el espíritu de mancomunidad, y un duque, haya hecho lo que quiera, tiene derechos imprescriptibles á la indulgencia de sus iguales. El baron noble, como el hijo respetuoso de Noé, cubrió con un manto de púrpura los antiguos extravíos del viejo. Los hombres le trataron con consideración, y las mujeres con benevolencia. ¿En qué país carecen las mujeres de indulgencia para los hombres traviesos? Le miraron como un viajero que acaba de atravesar tierras desconocidas, aunque sin embargo, ninguna mujer se atrevió á preguntarle cuáles eran sus impresiones de viaje.

El duque muy fácilmente volvió á tomar el tono de la buena sociedad, pues unía á todos los defectos de la juventud esa flexibilidad de espíritu que es el primero de sus adornos. Hallaron en él un hombre digno de su nombre y de su fortuna, y aprobaron la elección del conde de Villanera.

El baron le había prometido placeres mas vivos y cumplió su promesa. No le encerró en las casas de los nobles, sino que le hizo ver un pueblo menos severo. Le llevó en las orillas del gran mundo, á varios de esos salones donde se murmura sin pruebas aunque no sin razón. Le presentó á viudas cuyo marido no había estado nunca en París, á mujeres legítimamente casadas, pero reñidas con su familia, á marquesas desterradas del barrio noble de resultas de algun escándalo, á personas honradas que vivían espléndidamente sin fortuna conocida. En fin, le introdujo en el seno de una sociedad colocada entre los extremos. No aconsejaria yo á una madre que llevase á ella á su hija, pero muchos hijos van con su padre y salen como han entrado. No se encuentra allí esa austeridad de costumbres, esa vida patriarcal, ese tono perfecto, ese lenguaje digno y sostenido que reina en los salones de la nobleza, pero se baila decentemente, se juega sin hacer trampas y no se roban en la antesala los paletós. En una de estas casas se halló el duque en presencia de la Chermidy.

No le había visto mas que una vez el día de la boda, pero le reconoció á la primera ojeada. Sabía que era el abuelo de su hijo, padre de Eulalia y millonario á espensas del conde de Villanera. Una mujer como la Chermidy no olvida nunca el rostro de un hombre á quien ella ha dado un millón.

Habría deseado verle de cerca, pero era demasiado astuta para dar un paso adelante. El duque la evitó las tres cuartas partes del camino. En cuanto supo quién era, se presentó á saludarla con una soltura cuyo espectáculo habría regocijado á todas las mujeres honradas de París. Nada lisonjea mas á las mujeres virtuosas que el ver tratar sin cumplimientos á las que no lo son.

El duque no tenía intenciones de ofender á una mujer hermosa, renegando así en un solo instante toda su conducta pasada, pero hablaba á cada cual en su lenguaje, y creía saber la nacionalidad de la Chermidy.

Se sentó familiarmente junto á ella y la dijo: — Señora, me permitiréis que os presente uno de vuestros antiguos admiradores, el duque de la Torre de Embleuse. Ya he tenido el gusto de veros en la iglesia de Santo Tomás de Aquino. Somos un poco de la misma familia, por los hijos; me permitiréis pues, que como buen pariente os dé la mano izquierda.

La Chermidy, que raciocinaba con la prontitud del relámpago, comprendió á la primera ojeada la posición en que la iban á colocar. Fuese cual quisiera su respuesta, el duque triunfaba. Así en vez de aceptar la mano que la tendían, se levantó movida por un sentimiento de dolor y de dignidad que puso en evidencia toda la gracia y hermosura de su persona, y se adelantó hácia la puerta sin volver los ojos, como una reina ultrajada por el último de sus súbditos.

El duque había caído en el lazo. Corrió tras ella y pronunció algunas palabras para excusarse. La Chermidy le lanzó una mirada tan resplandeciente que él creyó ver en ella caer lágrimas. Entonces le dijo á media voz con una emoción bien contenida ó bien simulada:

— Señor duque, no sabrais ni podrais comprenderme. Venid mañana á las dos, estaremos solos y hablaremos.

Y dicho esto se alejó como mujer que cierra el oído, y cinco minutos despues su carruaje marchaba por la arena del patio.

Bien prevenido estaba el duque, pues el doctor Le Bris, con un colorido natural, le había pintado el retrato de la dama. Pero sin embargo, sintió lo que había hecho, y hasta el otro día experimentó un asombro que tocaba de cerca al remordimiento.

Y dicen que ¡hombre prevenido vale por dos! Acudió exactamente á la cita, y se halló en presencia de una mujer que había llorado.

— Señor duque, dijo la Chermidy, he hecho todo lo posible por olvidar las palabras crueles con que me habeis saludado ayer noche; todavía no estoy consolada, pero al fin lo estaré, no hablemos mas del asunto.

El duque quiso reiterar sus excusas, se hallaba sumergido en una admiración profunda.

La Chermidy había empleado toda la mañana en engalanarse de un modo irresistible. Seguramente parecia todavía mas hermosa que la noche antes en el baile. Una mujer está en su gabinete como una pintura en su marco. Se aprovechó de la turbación en que había puesto al duque para envolverle con una retórica implaceable.

Al principiar empleó el respeto tímido que conviene á una mujer en su posición. Manifestó una veneración exagerada por la ilustre familia en que había introdu-

cido á su hijo; se atribuyó el honor de haber elegido á los duques de la Torre de Embleuse entre veinte grandes casas de la nobleza, y de haber levantado del polvo con la fortuna á uno de los mas bellos nombres de la Europa.

Los movimientos dulces y la languidez melancólica que acompañaron este exordio persuadieron al anciano mas que las palabras que había oído, y casi no dudó ya que había insultado á su bienhechora.

— Comprendo, repuso la Chermidy que no me profeséis mucha estimación; sin embargo, si supierais mi historia, me compadeceriais.

La joven era diestra cual ninguna en esa pantomima expresiva de los habitantes del Mediodía que añade tanta verosimilitud á las mentiras mas groseras. Sus ojos, sus manos, sus piececillos inquietos hablaban al mismo tiempo que su boca, y parecían atestiguar su veracidad. El que la oía una vez se quedaba firmemente convencido.

Contó su nacimiento plebeyo en una rica posesión de la Provenza. Sus padres, que eran manufactureros, destinaban á un comerciante su hija y su fortuna. Pero el amor, ese soberano inflexible de la vida humana, la había lanzado en los brazos de un simple oficial. Su familia la abandonó, hasta el instante en que los malos tratamientos de Chermidy la habían arrojado de la casa conyugal. ¡Pobre Chermidy! una mujer se despacha á su gusto cuando se trata de un marido que está en la China.

(Se continuará.)

Apuntes de un viaje á la India.

(Véase el número 246.)

En virtud del privilegio que nos hemos acordado en nuestro artículo anterior, vamos á trasladarnos á Calcuta sin cuidarnos de los puntos intermedios; pero como Calcuta se parece mucho á San Petersburgo, y como no parece propio ir á buscar tan lejos una ciudad cuya fisonomía es europea, acompañaremos á nuestro viajero en su excursión por las inmediaciones, esto es, en las orillas del Ganges.

Es una escena animada en extremo y que abraza una extensión de muchas millas. Nuestro hombre se encuentra con una multitud de hombres que se bañan. Uno de aquellos días había visto á un pobre joven extenuado por el mal y delgado como un esqueleto, que estaba tendido sobre la arena cerca del agua, mientras su amigo velaba á su lado tristemente. Allí cerca estaba un bramino de cierta edad, de aspecto severo, que acababa de pin arse el rostro, los hombros y el pecho con cuidado, y se miraba en un espejito, sentado en un estrado de madera. En otro estrado mayor y cubierto de ramas y de esteras á guisa de toldo, había una porción de braminos y entre ellos uno muy grueso que se hacia lavar. Luego había faquires pintados de blanco, con los cabellos y la barba en desorden. Un desgraciado anciano moribundo había ido allí en un palanquin para tratar de reanimarse con la frescura del aire; su ojo apagado y su excesiva magrura indicaban que estaba á las puertas de la muerte. Un joven lleno de fuerza y de gracia que salía del agua, ostentaba su rica cabellera y dejaba secar su cuerpo humedecido á los últimos rayos del sol en el ocaso. Llevaban un difunto á la casa mortuoria, cuyo tejado estaba ocupado por una bandada inmensa de cormoranes, mientras otras aves de rapiña revoloteaban en torno de aquel triste receptáculo. Unas cuantas mujeres braminas esbeltas y ligeras bajaban hácia el río para hacer las abluciones de la tarde, cubiertas con finos ropajes de muselina color de rosa, lila ó verde. Mas allá quemaban cadáveres en una hoguera, y el olor de los cuerpos se esparcía á lo lejos por aquella ribera animada con escenas tan diferentes.

Si Calcuta no es una ciudad curiosa para un viajero europeo, interesa sin embargo el contraste que ofrece; la civilización prosaica de Inglaterra trasladada á la India hace resaltar maravillosamente la poesía de esas costumbres inmóviles que parecen estar á prueba de los hombres y del tiempo. Así despues de una gran comida en casa del gobernador general en medio de tantos uniformes encarnados con bordaduras de oro, en medio de blancas damas cubiertas de pedrerías; ¡cual no debe ser el efecto de la sombría fiesta cuya representación se ve en nuestros dibujos!

Esta fiesta dura quince días, y tiene lugar en honor de Kali, diosa de la destrucción. Esta divinidad terrible tiene por sectarios los tugs, cuya doctrina es matar el mayor número de gente posible á fin de apaciguar su cólera. Hay tres subdivisiones de esa secta esparcida en la India, y que despues de haber permanecido ignorada durante muchos siglos, fué descubierta al fin por los ingleses. La una mata por extrangulación, la otra clavando puñales en la cabeza y enterrando luego las víctimas en pozos muy hondos, y la tercera envenenando con el huka: los que vió el autor eran extranguladores.

«Uno de esos monstruos, dice el viajero, había extrangulado mas de seiscientas personas en su vida, y lo confesaba con satisfacción. Tenía un aire respetable aunque malicioso, y en su persona se distinguía la mayor limpieza. Podría tener unos sesenta años, y se hallaba rodeado de su mujer y de sus hijos que le prodigaban muchas caricias. Otro anciano venerable en la cárcel como el primero, se felicitaba de haber extrangulado hasta novecientas noventa y nueve personas. Si dejan la vida á esos horribles monstruos, es porque de ellos se valen para descubrir otros, á lo cual se pres-

tan sin escrúpulo para obtener el vivir con su familia, aunque en un encierro perpetuo, y con la condicion de que han de ahorcar á los que denuncian y de cierta manera. Una vez á fin de que el castigo produjera mas efecto en los tugs, cortaron la cabeza á uno de esos estranguladores denunciados; pero entonces los delatores se negaron á continuar sus revelaciones, porque segun su creencia le suceden cosas muy malas despues de la muerte á la persona cuya cabeza separaron del tronco.

» Esos miserables tugs piensan que toda infamia es permitida para lograr su objeto. Se insinúan cerca de los viajeros, se hacen sus amigos, les advierten del peligro que corren con los tugs, perseveran durante muchos meses, y cuando llega al fin el momento favorable y este corresponde con las señales de la diosa, cuando el cuervo sigue cierta direccion ó pasa el chacal por el lado izquierdo del camino, ejecutan su designio. Hombres de todas las religiones son admitidos en esta secta que nadie creeria encontrar en los pueblos de la India.»

Pero dejemos á la diosa Kali con los tugs y todas esas imágenes de muerte; entremos en esa barquilla remolcada por un vapor, y si el tiempo lo permite en veinte y cuatro dias estaremos en Benares.

« Al salir de Calcuta estuvimos durante muchos dias en los riachuelos que forman el Delta del Ganges, entre islotes pantanosos cubiertos de selvas vírgenes donde no habitan hombres. Todas las tardes se echaba el ancla en esas soledades, temiendo tropezar por la noche con los bancos de arena. Los jóvenes oficiales que iban á bordo para incorporarse en sus regimientos quisieron



Cercanías de Calcuta.

una vez dar un paseo nocturno en barco cerca de la orilla, y uno de ellos disparó un tiro, al que respondieron miles de chacaes. Pero sus lamentables gritos fueron dominados por un aullido largo parecido á un trueno subterráneo; era la voz del tigre que hizo correr á los jóvenes hacia nuestra barca.

» Al primer resplandor del dia continuamos la marcha; y cuando el sol disipó los vapores húmedos pero cálidos de aquel desierto pestilente, vimos muchos cocodrilos inmóviles como si fueran de bronce sobre la arena de la estrecha playa que separa la selva del rio, ó como en emboscada en un barranco con la boca abierta hácia el agua y el cuerpo bajo la negra sombra de la vegetacion tropical. Aquellos horribles animales te-

nidos de flores y dorados los cuernos; mujeres medio desnudas y cargadas de sortijas, hisopeando una multitud de pequeños ídolos ó de piedras cilíndricas redondeadas hacia la punta; ginetes extraños con su arco al hombro como nos representan á los dioses de la mitología, y flechas á la espalda. Y todo esto mezclado y confundido en callejuelas estrechas, por las cuales suelen cruzar elefantes enjaezados de un modo estrambótico, que con dificultad se abren paso por entre aquella muchedumbre de seres animados, de templos, de casas con balcones y de tiendas de comestibles, cuyos aleros de hojas de cocotero sostenidos por columnas de bambú se llevan á veces en su marcha. Se diria que á cada paso deben aplastar muchos niños y mujeres, pero no es así;

nian de quince á veinte piés de largo. Un oficial hizo un disparo con perdigones sobre uno de ellos, que al recibir el plomo, saltó en el aire y se metió súbitamente en el agua.

» Así pasamos cinco ó seis dias al cabo de los cuales descubrimos por la primera vez una lancha de leñadores bengalis, y luego aldeas cuyas chozas estaban construidas con cañas de bambú y esteras de palmera, en medio de unos bosquecillos de cocoteros. Las mujeres llevaban unos pedazos de tela por vestidura; los hombres tenían unos ojos feroces bajo sus pobladas cabelleras. Los chicos muy graciosos jugaban en el suelo.»

Benares es una ciudad no muy grande, pero curiosa y pintoresca. « Es un conjunto compacto de casas de tres pisos con templetos esculpados como juegos de ajedrez, donde se mueven braminos y faquires pintados de diversos colores; torillos blancos jorobados adorna-



Procesion de la diosa Kali.

H.V.A.L.

el coloso de modales delicados evita cuidadosamente todo roce peligroso ó incómodo para ellos.»

Dejemos ahora Benares por Lucknow, y nos podremos formar una idea mas grande del lujo de ese pais extraño. El viajero acepta la hospitalidad del residente inglés, que le ofrece uno de sus elefantes para que recorra la ciudad.

« Dió un grito por la ventana, y al instante vi salir del huerto al gigantesco cuadrúpedo con un pabellon de plata dorada, adornado con sartas de piedras falsas imitando diamantes, esmeraldas y rubies, que en vez de estar engarzadas colgaban simplemente del pabellon, y producian un bonito efecto con el sol rosado de la mañana. El pabellon de forma original, se componia de dos cisnes de plata esculpidos y cincelados, con muchas pedrerias falsas. Los caparzones encarnados estaban llenos de bordados de oro. Encima tenia un soberbio cachemira. Yo subí por una escala. Un criado envuelto igualmente en un cachemira se instaló detrás de mí en un puesto que le estaba señalado, y marchamos precedidos de un ginete, especie de correo vestido de un modo singular; á la puerta del jardin de la residencia hay siempre una docena de ellos para acompañar á las personas de la casa.

» Entré en una calle ancha y populosa. Hermosos edificios morunos con cúpulas moscovitas y una ininidad de minaretes se descubrian á mi vista por todos lados. Veíanse ginetes vestidos de paño de oro y de cachemira,

ras, y montados en buenos caballos que corrian precedidos de hombres con picas de plata ó con el sable en la mano; otros señores en palanquines descubiertos y dorados fumando en su rica pipa de plata, rodeados de servidores, precedidos de guardias de honor en camellos enjaezados de rojo y de verde; elefantes á veces por grupos con soberbios pabellones encima desde los cuales conversaban los que iban en ellos; partidas de salvajes afghanes columpiándose sobre sus inmensos camellos; todo esto se cruzaba en torno mio, y á la extremidad de aquella calle ancha y espaciosa distin-

caballerizas de los rinocerontes del rey que se hallan en un parque donde se encuentra tambien el mausoleo de su caballo favorito. Una docena de rinocerontes enormes y asquerosos se hallaban encadenados bajo un cobertizo de madera; mas allá hay un parque de elefantes. El rey tenia cuatrocientos cincuenta en Lucknow, el residente inglés doce, y todos los señores poseen elefantes por docenas.

» Despues de haber visto los rinocerontes, entramos en la tumba de uno de los reyes de Lucknow, soberbio salon de mármol donde tres mallas leian el Co-

guia una magnífica puerta enorme, mas allá de la cual se elevaban minaretes finos y graciosos y cúpulas doradas como las del Kremlin de Moscou que producian un efecto soberbio con la avenida fantásticamente poblada que tenia yo delante de mis ojos.

» La ciudad de Lucknow cuenta 300,000 habitantes. El rey estaba ya muy viejo y no andaba; así es que no hice ninguna tentativa para incomodarle, pero visité su palacio mientras estaba ausente. Uno de sus tronos, pues tier e varios, es un estrado de oro incrustado de diamantes que cuesta 220,000 libras esterlinas. Vi tambien uno de los jardines lleno de jazmines y de rosas, de cipreses y de naranjos, pues la vegetacion aquí no es ya de los trópicos, sino una vegetacion siciliana. Está lleno de bonitos pabellones de mármol blanco al estilo moruno y de baños de toda clase.

» De este vergel delicioso pasamos á ver las



Aldea bengali en las orillas del Ganges.



Calle mayor de Lucknow, capital del reino de Aude.

HVAL

ran para el reposo del difunto. A nuestra entrada los viejos mollas suspendieron su lectura, y volviéndose á nosotros se quitaron los anteojos. El residente que estaba conmigo les saludó, y les suplicó que continuasen sin incomodarse. Entonces se pusieron los espejuelos y siguieron recitando sus oraciones. Despues de habernos paseado por aquel salon, nos despedimos de los sacerdotes y salimos. Esa tumba colocada en medio de un patio inmenso, está rodeada de escuelas de lengua persa para los niños de la ciudad, lo que hace suponer que el difunto cultivaba las ciencias.

» Otra tumba de rey que visité luego, contenía banderas antiguas muy curiosas, con placas enormes de forma extraña, de plata ó de hierro incrustado. El turbante del rey difunto estaba allí; á cada lado del sarcófago cubierto de paño de oro ó de cachemiras, hay un tigre de plata de tamaño natural y muy bien hecho; encima del féretro están su sable y su escudo. Parece que si el lujo se muestra aquí en todas las cosas, no se extiende á las armas y á las flechas; en este género nada he visto aun digno de ser notado. Había igualmente allí cuatro caballos de plata de la altura de una mesa sostenidos por huries aladas y Bahadures, héroes de la mitología oriental. También se veían algunos armarios con cristales llenos de curiosidades...

» Otro día en la calle, mientras había bajado yo de un elefante para dibujar un camello de silla que se había parado, oí un gran ruido y ví desembocar por una esquina de la calle una porción de gente con sable en mano, que corría contra el pueblo. Me puse á un lado con mi elefante, y los que corrían me saludaban al pasar: los unos llevaban bastones de plata, los otros banderas encarnadas, picas, sables, fusiles, arcos, flechas y escudos. Cuatro dromedarios les seguían al trote montados por hombres que parecían dragones. Luego llegó una partida de ginetes soberbios con vestiduras flotantes de cachemira, y seguía el hijo del rey heredero del trono de Lucknow en un palanquin descubierto. Era un hombre grueso y feo, de cara muy ancha y ordinaria, que debía tener mas de cuarenta años, con su traje de paño de oro y de p. eles con un gorro redondo guardado de pieles, como se ven los antiguos retratos de los czares.

» Al pasar despachó dos hombres de su comitiva hácia mí para saber quién yo era; cuando mi intérprete satisfizo su curiosidad, huyeron satisfechos para dar parte al príncipe. Estos habitantes de la India no pueden comprender que haya otros pueblos europeos que los ingleses, y cuando se les dice ruso ó francés, piensan que son castas particulares de ingleses. Europa é Inglaterra en su idea es una misma cosa. Solo penetrando mas al norte hallé pueblos que tenían una idea vaga de los rusos y de la Rusia.

» Detrás del príncipe pasaron muy de prisa tres elefantes, uno de ellos con un soberbio pabellon encima, otro montado por tres criados, y el otro con la escala para subir al pabellon del primero. Despues de los tres elefantes llegó al galope un destacamento de una especie de húsares de fantasía con estandartes y cascos parecidos á los antiguos cascos europeos. Este cortejo me pareció muy grotesco y pomposo. El primitivo Oriente, la antigua Asia estaban mezclados con la parodia de la Europa moderna.» (Se concluirá)

Capítulos de carta.

UN PASEO Á MEDELLIN, CAPITAL DEL ESTADO DE ANTIOQUÍA, EN LA REPÚBLICA DE LA NUEVA GRANADA.

(Conclusion.)

En cuanto á edificios públicos, nada hay que pueda llamar la atención en Medellín: no es por su lujo arquitectónico que mas campea esta ciudad; pero sí por el aseo de sus calles, por lo *confortable* de sus casas, algunas de las cuales están amuebladas á la europea, y por la limpieza, buen gusto y elegancia de los artesanos. Medellín tiene pocos pobres, casi ningún indigente, y entre los artesanos, el que menos posee una casa. Hay algunos capitalistas que pasan de 500,000 pesos, bastantes que llegan á 200,000, muchos que tienen 50,000, y es muy general encontrar quienes tengan en giro 8,000 pesos. Las importaciones á Medellín son fuertes; el comercio prospera, á pesar de que la venta al contado es casi nula, siendo los plazos de doce, diez y ocho meses y hasta de dos años.

El tanto por ciento está en la boca del anciano como del joven, del artesano como del hombre de alta clase; y esto es muy natural en un pueblo tan activo y laborioso, que no da tregua ni á su trabajo actual, ni á su trabajo acumulado.

Los antioqueños son hospitalarios, francos, cordiales. El Estado de Antioquia siempre se ha distinguido por su moralidad y su repugnancia á las ideas disociadoras. Es en esta parte de la Nueva Granada, donde los hombres de orden han mostrado mas energía, mas constancia y menos egoísmo. Para ser justos, es preciso decir que en Medellín el partido liberal cuenta con sugetos inteligentes, probos, ilustrados, ricos y tolerantes: sus doctrinas no participan de la exageración de que adolecen las opiniones de los radicales de Bogotá y de algunos otros puntos.

Los jóvenes de Medellín, que son los que mas conocemos en el Estado de Antioquia, son recomendables bajo todos respectos: caballerosos, francos, dotados de bella

inteligencia, y corteses en sumo grado. — *Ses belles ont de la beauté*: hermosas algunas, graciosas otras, y casi ninguna fea. Alguna ví de azules ojos, esbelto talle y cuello en que palidez había á la vez de cisne y de paloma, alma meridional revestida con las formas del Norte, tipo semejante á la Eva del Tintoreto ó á la Aurora de Guido Reni; no pocas hacen recordar las apacibles é inteligentes creaciones de Pablo Veroneso, y varias, morenas, vivas, picantes, chispeante el ojo y la boca sonreída, tienen mucho de la Fornarina de Rafael, de la Fornarina en los dias de su inocencia. Esas beldades tienen talento claro, finos modales, amabilidad exquisita. Su sencillez hechiza, su modestia encanta; y es difícil no amarlas despues de haberlas visto, no adorarlas cuando se les ha tratado. En estas regiones todavía hay amor, de ese amor que en Europa es de moda vieja, y cuya tradición apenas conservan los poetas en sus cantos.

El que quiera clavar bandera y decir adiós al mundo y sus engaños, entrando en la cofradía de los casados, de los casados de los felices tiempos, — vaya á Medellín. Las ventajas son obvias; las mujeres, si no hablan mucho de encajes y cachemiras, de teatros, de bailes, de óperas y de crónica, al menos son bellas, bien educadas, é *implacablemente* fieles. Por acá, los goces puros de la familia son los que prevalecen, y los dramas y romances íntimos de la Francia en estas tierras no tendrían razón de ser. En esos risueños valles, bajo ese cielo puro, bajo la influencia de un clima delicioso, á la sombra de los mangales y tamarindos, Pablo y Virginia se comprenden, Matilde y Lugarto pasan por exageraciones de una imaginación descarriada y enfermiza. El matrimonio tiene en esa galana ciudad, y mas aun en sus campos, los caracteres con que lo describe M. Guizot. Al ver las novias de estos países, Quevedo hubiera creído en lo que no creía...; y al ver las esposas, Voltaire no habría escrito aquellos versos que empiezan: *Quand on le sait, etc.* Ni de Balzac habría pensado que era tan numeroso el batallón de *predestinados* de que habla en su *Fisiología del matrimonio*. La única desventaja que el matrimonio presenta en esa tierra excepcional es la increíble fecundidad de las esposas: cada marido está llamado á ser un nuevo Jacob: los casados que cuentan diez y seis hijos se reputan como que han tenido poca familia. Un día pregunté á una casada joven:

— ¿Cuántos hijos tiene Vd., señora?

— Apenas diez y siete, caballero.

— Usted, señora, parece ser muy joven. ¿Hace mucho tiempo que Vd. es casada?

— Me casé á los catorce años, y recibí la bendición hace diez.

¡Peste! ¡en diez años de matrimonio, diez y siete hijos! Es preciso tenerlos por trimestres adelantados. Pero explicaré á Vd., mi amigo, que la señora había tenido cuatro partos ordinarios, es decir, de á muchacho cada parto, uno de á tres, y cinco de á dos. Por ahí verá Vd. que en esta tierra no son escasos los mellizos. Pero ¿qué quiere Vd. que uno haga con un batallón de hijos, en un país, que como lo declara la Constitución, no es el patrimonio de ninguna familia ni persona? Por esa rara fecundidad, esta tierra duplica su población cada treinta años. En los Estados Unidos se duplica cada veinte cinco años; pero aquí la inmigración es nula, y en el Norte es diaria. Las mujeres de acá habrían recibido de Napoleón I la cruz de la Legión de Honor. Y lo que dejó á Vd. dicho, acerca de fecundidad por estos mundos, no es *une blague*: es un hecho evidente.

Lo que es un misterio para mí, es saber cómo se entienden los que en Medellín se enamoran, pues las reuniones son difícilísimas; por las noches, poco ó nada se visita; y en las visitas de cumplido que se hacen los domingos, las madres están siempre al lado de las hijas. Por manera, que en esa ciudad los amantes deben de haber inventado algún telégrafo amoroso, cuyo secreto solo ellos saben; en cuanto á los *Abnavivas*, por acá no encontrarían muy buen fin.

En Medellín, los bailes se dan para celebrar el aniversario de la Independencia, ó por otro motivo igualmente señalado; y luego entra la sociedad en su normal reposo. Antes de mi llegada se dieron, por extraordinario, algunos bailes en casa de un amable, rico y cortés comerciante, uno de los sugetos mas influyentes de Medellín; y segun el decir de personas que han viajado por Europa, en esas reuniones nada se echó de menos que hiciera desear los bellos salones de París. La buena sociedad tiene la misma fisonomía en todas partes. Yo no sé porqué en ese remedo de Paraíso, como es Medellín, hay tan poca animación social.

Estoy condenado á huir de las fiestas en este año de gracia de 1857. Dejé á París cuatro dias antes de las espléndidas que se preparaban para obsequiar al duque Constantino. Llegué á Medellín despues de haber cesado los bailes, y salí de esta ciudad cuatro dias antes de los brillantes regocijos que se preparaban para celebrar el 20 DE JULIO, aniversario de la Independencia nacional. En cambio, encontré que en el camino los cargueros tenían zambra de *velorio* por una mujer que había muerto. Esta curiosa ceremonia, esta rarísima costumbre de algunos pueblos de la Nueva Granada, merecería bien un artículo por el estilo de los del *Figaro*.

En Medellín hay un teatro descubierto y espacioso; los actores del país tienen felices disposiciones para la escena; pero no hay *actrices*, y la ilusión se pierde desde que se sabe que *ellas* son *ellos*. El repertorio de este teatro se compone de traducciones del teatro francés, de las mejores piezas del español, y de bellísimos dramas de literatos neo-granadinos.

El pueblo de Medellín, como en general el del Estado

de Antioquia, es esencialmente religioso, y prefiere las ceremonias religiosas á los bailes y espectáculos; sin embargo, creo que un poco de mas roce entre los dos sexos no hace mal, sino bien: el trato con las mujeres de buena sociedad ejerce una influencia directa sobre las costumbres, y estimula á los jóvenes á acometer grandes empresas y á distinguirse en todo lo que procura gloria. Los antioqueños piensan que con su manera de ser social han progresado, y no se prestan mucho á las innovaciones en ese punto. En esto, ellos obran como los ingleses, que no han querido abolir la costumbre de que el marido pueda sacar á vender á su esposa cuando le ha sido infiel, llevándola al mercado con un lazo al cuello y vendiéndola por un *schelling*. Los ingleses dicen que hasta ahora sus esposas han sido citadas como modelos, y que no hay necesidad de quitar aquel derecho á los maridos, derecho que acaso contribuye á hacer tan buenas á sus mujeres. — ¡Cada cual con su razón!

Medellin cuenta con buenos médicos y con una policía bien organizada. Entre aquellos citarémos á los señores doctores Ignacio Quevedo, Manuel Uribe, Angel y Juan Crisóstomo Uribe. El primero, desde tiempo atrás, goza de alta y merecida reputación en la República; el segundo hizo sus estudios en París, despues de haberlos acabado en Bogotá, y sus escritos, como las numerosas acuraciones que hace, prueban bien que aprovechó su tiempo. El doctor Juan Crisóstomo Uribe dejó fama en las Repúblicas del Pacífico por su ciencia y habilidad. No es para olvidado el doctor Fabricio Uribe.

El cuerpo de gendarmes de esa ciudad rivaliza en diligencia y celo con la policía inglesa. Aun cuando el pueblo de la Nueva Granada es para ser citado por sus costumbres y moralidad; no obstante, desde el advenimiento de los famosos clubs fundados por López y su camarilla, los ataques contra la propiedad han sido algo frecuentes. Los *democráticos* se suicidaron con su vandálica revolución del 17 de abril; pero uno que otro de sus miembros, refugiándose de la capital á las provincias, han querido ejercer privadamente la profesion que antes ejercieron en comun y á la luz del día. Un hecho presenció de robo, que prueba la buena organización que tiene hoy la policía de Medellín bajo sus directores Vélez y Rico.

Uno de esos miembros de los antiguos clubs se había trasladado á Medellín á ejercer su honrada profesion; un buen día se introduce diestramente, y ayudado con llaves maestras, en una casa cuyos habitantes estaban fuera; — roba cuanto puede; cierra de nuevo las puertas y toma las de Villa-Diego, llevando consigo su botín. El robo fué hecho entre las nueve y las diez de la mañana. Los robados entraron á su casa á las once del día; al apercibirse de que habían tenido tan amable visita, se dirigen á la policía, y dan cuenta de lo ocurrido; pero bien, y los informes para ponerse á la pista del ladrón? No los había. No importa, tanto mejor para que la policía salga mas airosa en el desempeño de su misión. Los gendarmes se ponen á la obra, y á las seis de la tarde del mismo día venían de un pueblo inmediato trayendo atado al dichoso perillan; á las diez de la noche recibían las personas que habían sido robadas la noticia de que todo se había rescatado; al día siguiente tenían en su casa lo que había salido de ella por algunas horas; á los pocos dias, para honor de la administración de justicia de esa tierra, el ladrón estaba vencido, sentenciado y condenado. Adelante, buena policía, buena administración de justicia y buenos caminos, y el país prosperará rápidamente.

En fin, despues de haber permanecido algunos dias en Medellín, me fué forzoso despedirme de sus bellos prados, y decirle adiós á las márgenes perfumadas de su río, á sus pintorescas esplanadas, á sus verdes colinas y á su sol amante; sintiendo en el alma no poder recorrer todas las ciudades del Estado, ni visitar sus principales rios, tales como el Porce, el Nechi, el Atrato, el San Juan, el Cauca, Andágueda etc., cuyas márgenes y arenas guardan inmensas riquezas. Tampoco me fué posible, y lo deploro, visitar sus principales minas, tales como el Frontino, Quiuná, el Zancudo, etc.; esta última mina es, entre todas, la mas rica; el establecimiento de fundición y copelación para beneficiar el mineral concentrado, ha costado ingentes sumas á un hábil inglés radicado en el país hace algunos años; los propietarios de la mina le han cedido por nueve años, que terminan en 1860, la elaboración del mineral concentrado mediante una bella remuneración; y el inglés ha vendido al conde de Bourmont, por la suma de 100,000 pesos el derecho á la tercera parte de los protos durante cuatro años.

El día de partir llega. Una famosa mula piafa á la puerta de la casa, impaciente de seguir en su constante ejercicio. Es preciso resignarse y volver á desandar el camino descrito en alguna parte de esta carta. ¡Pero dejar á Medellín, es tan triste! Hay ciertas ciudades, dice Gautier, de las cuales uno se separa como de una amiga amada, con el corazón palpitante y las lágrimas en los ojos; ciudades que son como especie de patrias adoptivas en donde uno se cree mas feliz que en otras partes, á donde uno desea con ansia arrullar, volver, y vivir y morir allí; ciudades que se nos aparecen en medio de las tristezas y de las complicaciones de la vida como un oasis, un Eldorado, una ciudad divina, donde los pesares no tienen entrada; donde todo ha de ser verdad, encanto, perfumes, armonías. Medellín ha sido para mí una de esas deliciosas mansiones; y por esto, al llegar al *Alto de Santa Helena*, echando una última ojeada sobre esa Maga, tracé con mano temblorosa estas inarmónicas estrofas:

ADIOS Á MEDELLIN.

I.

Mi anhelo está cumplido: mis ojos ya te vieron,
Ciudad que desde niño formaste mi ilusión;
Dos lágrimas ardientes mi pena tradujeron,
¡Adios! al repetirte, turbado el corazón.

Do quiera mi destino me empuja sin clemencia,
Sin darme de reposo un instante y de quietud,
En lides con la suerte se pasa mi existencia,
Y miro entre congojas volar mi juventud.

Ha tiempo que mi pecho suspira por tus valles,
Y mi alma te divisa cual puerto salvador;
Mas ¡ay! que cuando apenas penetro por tus calles,
¡Atrás! el hado impío me grita con furor...

¡Lo sé, ciudad querida! tu Eden está cerrado
Al hombre cuyo lote es de llanto y de penar;
Las selvas son mi asilo, y acaso decretado
Está que encuentre tumba surcando brava mar!
Cruzando voy el mundo cual ave descarriada,
Que lejos de su nido lanzara el huracán;
Sin ver brillar la aurora radiante, nacarada
Que alivie mis congojas, mis penas y mi afán.

II.

Tus valles y tus sierras, tu cielo esplendoroso,
Me dieron un instante de dicha y de quietud;
Mi pecho atribulado sintióse vigoroso,
Al ver brillar de nuevo fulgente y amoroso
El sol de la amistad, que hechizó mi juventud.

Leales corazones, sinceros, expansivos,
Mi alma desolada bajo tu cielo halló,
Que mi pesar intenso calmaron compasivos,
Brindándome su afecto por mis afectos vivos,
Mi alma comprendiendo, que al punto los amó.

Gozando del aroma de lirios y azahares,
Que exhalas por do quiera, pulcrísima ciudad,
Acentos escuché cual angélicos cantares,
Que en dicha convirtieron mi llanto y mis pesares,
Tan dulce fué ese timbre colmado de bondad.

La voz de tus hermosas, sus ojos hechiceros,
Sus gracias seductoras, su noble corazón,
No son para olvidarse, que siempre duraderos
Reflejan en el alma los rayos lisonjeros
De todo cuanto existe de bello en la creación.

Mas bella que las otras, mas tierna que ninguna,
Mas pura que la lila, mas dulce que el placer,
Ligera como cisne de itálica laguna,
Sus ojos como estrellas, serena cual la luna,
Fugaz ante mi vista mostróse una mujer.

Cual suelen nuestros ojos quedarse deslumbrados
Pasando de tinieblas á viva claridad:
Así por un instante quedaron cual turbados
De mi alma los sentidos, al verse iluminados
Por luz tan resplandeciente de cándida beldad.

Dos veces contemplando sus gracias, sus primores;
Su imágen adorada en mi pecho se grabó,
Y alumbran de continuo sus célicos fulgores
Mi vida desolada sin paz y sin amores,
Erial que solo zarzas y abrojos ¡ay! brotó...

III.

¡Adios! ciudad querida,
¡De tí me alejo!
Siempre en mi vida
Vivo reflejo
De tí tendré.

Do quier mi planta lleve,
Ya lloré ó cante,
Jamás un breve
Fugaz instante
Te olvidaré

Te amo cual ama su nido el ave,
La flor su aroma grato y suave.

Benigno dete el cielo
Toda ventura;
Rico tu suelo,
Con galanura
Brinde un Eden;

Tus minas abundantes,
Ricas quebradas,
Siempre constantes,
Nunca cansadas,
Hagan tu bien.

Que sí mereces rica, potente,
Ser de Granada joya luciente.

Tus vírgenes hermosas
Huellen jardines
Y cojan rosas;
Los francolínes
Oigan do quier;

Jamás en su almo cielo
Nube importuna
Tienda su velo,
Ni sombra alguna
Se deje ver.

Por ser tan puras de cuerpo y alma,
¡Siempre en su seno reine la calma!

IV.

Mi anhelo está cumplido: mis ojos ya te vieron,
Ciudad que desde niño formaste mi ilusión;
Dos lágrimas ardientes mi pena tradujeron,
¡Adios! al repetirte, turbado el corazón!

ENDIMION.

Los amores del pastor y la pastorella.

POEMA DEL REY RENÉ DE ANJOU.

Una tradición popular, conservada en Provenza, nos dice que el buen rey René de Anjou abandonaba cada primavera su palacio de Aix é iba con Juana de Laval, la muy amada pastorella del torneo de Tarascon, á habitar una deliciosa quinta situada á orillas del Durance. Allí los ilustres esposos paseaban solos por la pradera sin escolta. Mezclándose alguna vez con los buenos habitantes de las campiñas vecinas, presidian sus juegos, y á veces abandonaban su cetro real por el cayado ligero de los pastores, derramando por do quier la dicha con su generosa solicitud. Los placeres puros de la vida campestre eran indispensables á sus almas piadosas y tiernas; y la cándida Juana de Laval sabia enjugar muchas lágrimas.

Un poema que respira la frescura mas suave, ha consagrado los primeros años de su feliz enlace.

La sencilla pintura de la primavera sirve de introducción á este gracioso idilio.

El aire embalsamado devuelve el eco de los cantaricos de mil aves diferentes. Vuelan de dos en dos por la espesa enramada, ó á lo largo de los zarzales floridos, para escoger en ellos la rama que debe proteger su nido; las alondras ciernen su vuelo al rededor de los trigos verdes; la abeja y la mariposa revolotean en torno de las rosas; las florestas, los riachuelos, las praderas, los ecos de los bosques y de los valles repiten los cantos de amor.

Un pastor ofrece un nido que ha quitado de la cima de un árbol, á la pastorella que llegue corriendo la primera donde él se encuentra y cambie al propio tiempo un beso gracioso.

Las danzas y los juegos empiezan. Las pastoras bajan las ramas de sauce, las unen con ligeros lazos y se columpian en el aire, á la sombra de los viejos árboles: otras trenzan con juncos nasas y jaulas, mientras que los labradores tocan con el aguijón á los bueyes reacios.

Preñado de este cuadro seductor, un peregrino que pasaba por casualidad é iba á cumplir un voto á una capilla de Nuestra Señora, se detiene, apoyado en su bordon, cerca de una fuente clara, en medio de una pradera sembrada de violetas. El gubio y la trucha dorada se zambullian en el limpio riachuelo, la golondrina hostilizaba á las moscas que vagaban por encima las flores, y el avion verde y azul espía los pececillos.

Mas hé aquí que el peregrino descubre una hermosa pastora, sentada al pié de una cepa que no tenia otra rama.

El pastor llama á Janneton y la dice: ¿Mi amor, estás aquí?

Y ella le contesta con dulzura:—Regnault, ven al rededor de la cepa y nos sentaremos aquí los dos, porque el lugar es bien retirado, y desde aquí podremos ver sin cuidado nuestros rebaños que pacen la yerba á la sombra. Esto dicho, se sentaron el uno al lado del otro.

La pastora toma entonces su cesta, y mientras prepara una comida frugal, escucha colorada las tiernas declaraciones de un amor inocente. Los dos amantes comen juntos, pero el perro de la manada viéndose olvidado ladraba con frecuencia.

A estas descripciones frescas como la rosa de mayo, les sucede el interesante relato de las dos tórtolas.

La pastora que las ha visto pararse en un árbol vecino, las enseña á su amigo, y se complace en comparar aquel amor con el suyo. Regnault termina el elogio de la tórtola, y añade sonriendo que ninguna mujer ama así.

Entonces Janneton, cuyas megillas ha coloreado el rubor, se queja de su amigo, y le dice con qué fin ha hablado de este modo. Se lamenta de la ligereza é inconstancia de los hombres y de sus promesas perjuras.

El pobre Regnault, con las lágrimas en los ojos, le pregunta si estas duras palabras se dirigen á él, é implora perdón de la pastora que le quiere de veras. Luego se acuerda de las numerosas pruebas de fidelidad que le ha dado desde que abandonó los corderos y ovejas, y vino al hermoso suelo de Francia para entregarle su corazón.

La pastora á su vez se sostiene en lo dicho. Conoce que Regnault la quiere; pero ha amado ya tantas veces Regnault, que debe rendirse sin hablar mas y no entrar en comparaciones.

Regnault queda un instante sin contestar; pero animado algun tanto por la ternura que se descubre á través de los reproches de su amiga, manifiesta el deseo de que un cura bueno les escuche para bendecirles luego.

Entonces, sin mas tardanza, el peregrino se acerca y les dice que siguiendo su camino ha oido su conversacion que no le habia disgustado.

Pero como se encuentra lejos de una morada, que el día se inclina al horizonte y que desea cumplir sus deseos la noche, aplaza para el día siguiente su fallo, llevándose en tanto los regalos de Regnault y la pastora: un racimo de uvas verdes, nueces y pan moreno.

Descubre el campanario de la capilla cuya cúpide bañaban todavía los últimos rayos del sol. Ya las avecillas interrumpian sus gorgeos, las codornices se llamaban á lo largo de las praderas, los ciervos salian de los bosques para pacer en los trigos, las perdices descendian á los barbechos, los escarabajos zumbaban por los aires, y los conejos se preparaban para salir de sus madrigueras.

Pronto desapareció el sol, el triste buho abandona su guarida y hace oír un canto plañidero; el murciélago anuncia la proximidad de las tinieblas, y la frescura de la noche alcanza al peregrino.

La campana de la capilla tocaba entonces el Ave-Maria: el peregrino dobla las rodillas ante el altar y reza á Nuestra Señora.

El buen peregrino pasa la noche rezando. Se levanta al asomar la aurora y vuelve á los lugares donde al anocheecer del día anterior habia encontrado á los dos amantes. Pero en vano llega allí, en vano les llama en alta voz, en vano les aguarda hasta medio día. Nadie le contestó. Por último resuelve, no sin gran pesar, volver á desandar lo andado.

Así termina esta simple poesía pastoril, en la que la verdad de las descripciones iguala la delicadeza de los sentimientos y la pureza del pensamiento.

Muy superior á todos los romances de la edad media, es quizás el poema mas perfecto que se conoce en Francia de este género, y hemos experimentado con su lectura una satisfacción inexplicable. Sin duda es fácil notar en el escrito original, sobre todo en el diálogo de los dos amantes, algunos versos oscuros, cierta presuncion y pueriles juegos de palabras, imitados de la lengua italiana. Pero estas faltas en el siglo de René, parecidas al insecto dormido en el cáliz de una flor, no arrojan sino una ligera sombra sobre esta admirable composicion, que coloca á su real autor á la cabeza de los poetas de su siglo, y que aventaja á las del caballeresco prisionero de Azircourt, y del esforzado y gracioso Carlos de Orléans.

Solo nos resta dar á conocer en pocas palabras el precioso manuscrito, cuyo extracto hemos reproducido, y que desgraciadamente se ha perdido para la Francia. Escrito por el mismo René y adornado con interesantes miniaturas, formó parte de la biblioteca del canciller Seguíer, pasó luego á la del duque de Coislin, obispo de Metz, y últimamente fué entregado por este piadoso y sabio prelado á la biblioteca de San Germain-des-Prés, donde se hallaba inscrito con el número 2327, y de cuyo punto desapareció en 1792 cuando el incendio de esta célebre abadía.

Ignoramos con qué título obra hoy dia en poder de la biblioteca imperial de San Petersburgo.

El original de este poema, escrito en caracteres góticos, forma un volumen en 4º de 74 páginas de texto. Los emblemas de René, la cepa disecada con la sola rama verde, un brasero con fuego, y las dos tórtolas se encuentran dibujados al final del libro. Y para que no quedase duda alguna acerca del nombre del poeta, al pié de las armas de Sicilia y de Laval escribió el buen rey estos elocuentes versos:

Icy sont les armes, dessoubz ceste couronne,
Dü bergier dessus dit et de la bergeronne.

Cuya traduccion es la siguiente: Los escudos de armas que timbra esta corona, son del pastor mencionado y de la pastorella.

Exposicion de bellas artes de 1857.

(Véanse los números 236, 237, 233, 239, 241, 242, 243, 244, 245 y 246.)

M. CURZON tiene un talento notable para tratar los asuntos mas diversos, segun el carácter y el sentimiento que les convienen. Si los diez cuadros que ha expuesto estuvieran reunidos en la Exposicion en vez de hallarse diseminados, se echaria de ver al punto esa disposicion, y al propio tiempo se veria que el tono gris predomina casi en todas sus obras. El gris, que es la negacion del colorido, debia emplearse sin embargo en su cuadro titulado: *Dante y Virgilio á la entrada del purgatorio ven llegar la barca de las almas conducida por un ángel*; todavía los pobres difuntos no deben verlo todo de color de rosa. Esta composicion es el cuadro mas inferior de los que ha presentado el artista. Las figuras de Virgilio y del Dante, y sobre todo la del ángel tienen estilo, pero las sombras apiñadas en la barca son demasiado sombrías.

El cuadro mas importante de M. Curzon: *Mujeres de Picinisco tejiendo (reino de Nápoles)*, demuestra como los asuntos mas vulgares pueden ser realizados por un buen estilo. Esas aldeanas vestidas de bayeta colorada se encuentran reunidas en un cuarto donde se ve un taller primitivo. Un niño juega á su lado, mientras ellas se entregan á su trabajo libre como si fuese una tarea de la vida doméstica. El motivo es muy nulo en sí, y no obstante hay en la sencillez antigua de esa composicion un encanto irresistible.

Un interés mas penetrante se experimenta á la vista del *Huerto del convento (recuerdo de Tivoli)*, y de los monjes que le habitan, de los cuales unos trabajan, otros sacan agua y riegan, otros meditan, otros se pasean ó conversan bajo el emparrado del pórtico, en tanto que un gato negro vigila muy serio el trabajo, las idas y venidas de sus compañeros de reclusion y de los amigos mas íntimos que cuenta entre ellos. Ese jardín cercado por los muros del claustro, se halla dominado en el fondo por una roca elevada que proyecta su sombra, y parece cerrar completamente al mundo ese asilo de silencio y de paz, sobre el cual derrama apenas el sol una claridad velada. Todo en esa escena concurre á la unidad de la impresion. En presencia de ese cuadro de una ejecucion sóbria, se experimenta un sentimiento de suave melancolía.

Otro lienzo, la *Escalera santa en la iglesia de San Benedetto, cerca de Subiaco (Estados romanos)*, pone en evidencia tambien el talento del pintor para variar la expresion de sus composiciones. Aquí dibuja y pone en perspectiva con la firmeza de dibujo de un arquitecto

los detalles de la construcción, interpreta como un pintor las disposiciones pintorescas de esa escalera, añadiendo el interés de figuras bien elegidas, y entre ellas la de un joven enfermo tendido al pié de los escalones, para cuya curación van en romería acompañándole algunas mujeres piadosas.

M. Curzon pinta con exactitud tipos de figuras copiadas por él en sus viajes, como la *Albanesa en la llanura de Atenas*, los *Ciegos griegos junto á una cisterna*, y por último, sus aguas nos dan una idea de varias *pinturas decorativas en via de ejecución en la capilla del seminario de Autun*.

Después del exámen de estas obras de un estilo templado, vamos á tropezar con un contraste al hablar de los cuadros siguientes, en los que se manifiestan por el contrario cualidades ó defectos procedentes ya de la excentricidad de la concepción artística, ya de un estilo exagerado.

Señalaremos en primer lugar una *Cacería feudal* por M. HENNEBERG, discípulo de M. Couture. Esta obra parece un boceto donde no se ve nada concluido; la escena es una confusión de personajes, y hasta la perspectiva participa del desorden de la escena.

— Un lienzo mas pequeño donde M. Henneberg ha pintado una *Cita amorosa á la esquina de un parque*, prueba bien claro que este artista puede y sabe trabajar con mas detenimiento. La obra de M. PENGUILLY-L'HARIDON titulada, *Combate de treinta bretones contra treinta ingleses (1350)* presenta un contraste muy marcado con la cacería feudal de M. Henneberg. Este último no ve mas que un torbellino que pasa, una imagen confusa y vacilante; M. Penguilly por el contrario, toma aparte á cada uno de sus combatientes, y fabrica pieza por pieza toda su armadura. Su cuadro es una colección de armas de la edad media, copiadas en el Museo de Artillería.

M. A. DE BEAULIEU peca por la exageración sistemática del colorido, como M. Henneberg por la exageración de movimiento, y M. Penguilly por la rigidez de sus figuras. No se puede ver nada mas impropio que sus colores en la *Bateria de irregulares turcos después del bombardeo de Sinope* ó en la *Posada de gitanos en Venecia*. Sin embargo, M. Beaulieu tiene un temperamento de colorista; si le exagera es por gusto, ganaría mucho si moderase en ese sentido su talento.

M. BARON es un pintor de fantasía elegante, que emplea el colorido como un adorno gracioso. Esto es en él una idea fija. En uno de sus cuadros se ve un señor á quien una hermosa joven echa agua para que se lave las manos *al regreso de un partido de pelota*. En otro se ve una *arlequí-*



Exposicion de 1857. — Interior de artista, cuadro por M. Ronjat.



Un vivac en 1812, cuadro por M. T. Devilly, de Metz.



Fiesta en el pueblo vecino, cuadro por M. Junt.

nada en medio de un parque de un bonito efecto.

Las *Cuatro Estaciones* de M. JOURDAN, presentan una imitación feliz del género de C. Vanloo. — Un *Domingo en San German en tiempo de la Regencia* por M. DELESTRE, es un lienzo de un color alegre y claro y de una ejecución fácil. — M. DUVAL LE CAMUS que ha expuesto una *Huida á Egipto* bien pintada, ha ejecutado también con mucha gracia en un medallón una escena de *Manon Lescaut*.

Los tipos y los modelos del siglo XVIII no escasean este año. — Ahora vamos á cambiar de dirección, y pasaremos una rápida revista á otra clase de cuadros de género cuyo realismo es contemporáneo. Principiaremos por esa joven y bonita madre que M. TOULMOUCHE ha representado, dando un beso á su hijo tan gracioso como ella. Hay una casta suavidad en esas dos bocas que se buscan, linda imagen de un pincel que quiere ser delicado, pero que demuestran una ejecución algo seca y un colorido poco armonioso.

M. HILLEMACHER, de quien ya hemos reproducido un cuadro *Los dos estudiantes de Salamanca*, tiene también una joven madre que

medio escondida tras de una cortina sonríe á su niño desnudo que está sobre un sillón. Este artista se ha mostrado mejor inspirado en *el Whist en familia*; una joven, la hija de la casa, enseña su juego á un joven militar que se inclina detrás de su silla. El padre se sonríe al ver la buena inteligencia que reina entre ambos, y que promete un casamiento próximo.

M. TRAYER en su cuadro titulado *Las dos partes* representa una obrera á la mesa con su hija, sirviendo la sopa. Asunto vulgar, bien entendido, pero sin carácter pintoresco.

— *El Mercado de granos (Finistere)* es una reunión de lugareños y de lugareñas cuyas altas papalinas blancas ofenden la vista. La ejecución es buena, pero el ojo no puede fijarse en nada en medio de esa muchedumbre uniforme.

M. FRERE ha expuesto diez lienzos pequeños consagrados á escenas de la vida común y popular; es un pintor de interiores pobres y desnudos, en los que nos muestra ya una pobre obrera poniéndose sus vestidos del domingo, ya una pobre mujer en una guardilla miserable, conversando con un gato, su único compañero en la soledad, etc., etc. M. Frere sabe dar á sus composiciones un encanto y un sentimiento que por lo regular se hallan ausentes en el género de pintura que él cultiva; pero se abandona á la facilidad de su pincel y se contenta como otros muchos con trazar los grupos. Este es un escollo de la pintura moderna.

M. BONVIN ha expuesto unos *Herreros* de un to-

no vigoroso, pero de una ejecucion pesada, sin aire y sin transparencia. — M. LOIRE parece haberse inspirado del primer estilo de M. Bonvin, con mas precision, pero por otra parte con un poco de dureza en la ejecucion, tambien abusa del negro. — La *Leccion de lectura* por M. DUFOURMANTELLE recuerda igualmente el estilo de M. Bonvin. El colorido es triste, la escena es verdadera.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

M. DEVILLY : *Un vivac en 1812*.— Este cuadro de grandes dimensiones ha sido poco notado en la Exposicion; ha pasado desapercibido para la muchedumbre, y los puestos poco favorables que le consagraron han contribuido á esta indiferencia pública; sin embargo, á nuestro juicio, es una de las mejores obras presentadas este año. El artista ha querido poner en escena este pasaje del libro de M. de Segur sobre la campaña de Rusia... « Al siguiente dia hileras circulares de cadáveres marcaban los vivacs... »

Esta es una de esas infinitas miserias de la guerra á costa de las cuales la humanidad, sin ganar gran cosa, consigue conquistarse mucha fama en provecho de un solo hombre. El grabado que damos aquí nos dispensa de hacer la descripcion de la escena. No es mas que un episodio, pero un episodio terrible de una verdad terrible; el artista le ha dado un carácter épico. Entre esas figuras extendidas circularmente, se notan la del sargento de la guardia imperial con los cabellos erizados que parece haberse tendido á dormir sobre la tierra alfombrada de nieve, y junto á él, la de ese jóven soldado que alarga su mano cubierta con un guante hasta las cenizas de la lumbré apagada para buscar un resto de calor que ha desaparecido.

Si algunas de esas figuras hubiesen sido pintadas por Gros en su cuadro de la *Batalla de Eylau*, ¡ cuántos elogios se habrian hecho de ellas ! ¡ cuántas veces habrian



Exposicion de 1857. — Miguel Angel, cuadro por M. Moyses.

sido reproducidas por los dibujantes y los grabadores ! La escena está perfectamente entendida en su efecto siniestro. La nieve se extiende por todas partes en el horizonte.

Un postrer rayo de sol blanquecino se desliza á

cierta distancia como un emblema de la vida que se desvanece, y una sombra fria envuelve los cuerpos que cayeron en torno de la lumbré encendida la víspera. El desórden, los colores pasados de los vestidos militares se hallan perfectamente en relacion con la idea que el artista se propuso manifestar. Todo eso es muy exacto, y tiene una ejecucion franca que contribuye á dar mucha unidad á ese cuadro notable.

En la distribucion de recompensas M. Devilly no ha obtenido mas que una mencion de medalla de tercera clase.

M. MOYSE : *Miguel Angel entre un cadáver que disecciona y la estatua del diseccionado con que le compara*. Este lienzo de grandes dimensiones, de un aspecto triste y sombrío carece absolutamente de transparencia. La cabeza y las manos de Miguel Angel forman manchas sobre un fondo negro.

En la sombra se distingue la célebre estatua de Moisés que está en Roma en la iglesia de San Pedro in Vincoli.

M. RONJAT ha pintado el *Interior de un estudio*, cuadro mas alegre que el precedente; la fisonomía del buen hombre que está sentado para que le retraten tiene un aspecto particular. Trata de contener su despecho al ver la distraccion del pintor y las pocas consideraciones que guarda con un hombre como él, que si abandona sus negocios y consiente en permanecer inmóvil muchas horas con los piés clavados en el sitio marcado con yeso, no es para que le traten con tan poca ceremonia.

M. SCHUTZENBERGER : *Cazadores siguiendo un jabali herido por los rastros de su sangre en la nieve*. Las figuras de una ejecucion fácil y un poco floja parecen ser retratos.

Los troncos de árboles no tienen el tono que debieran tener, para formar contraste con la nieve.

M. JUNDT : *Fiesta en el pueblo vecino*: Figuras alscianas pintadas con franqueza y sin pretensiones.

J. D. P.



Cazadores siguiendo un jabali herido por los rastros de su sangre en la nieve, cuadro por M. Schutzenberger.

Los buenos tiempos de antaño.

Nunca se han cometido tantos y tan grandes crímenes como ahora.

Hé aquí lo que traen en boca todos los días los *laudatores temporis acti*.

Pero ¿es esto exacto?

Consignemos ante todo que pueden compararse épocas con épocas, así como se establece un cotejo entre unos pueblos y otros pueblos; pero ni en uno ni en otro caso pueden ponerse en contacto siglos y sitios, entre los cuales intermedian distancias de tiempo y de lugar, sino en cuanto los puntos de comparación, tomados desde sus extremos, ofrecen entre sí una identidad completa de palabras, hechos, costumbres, preocupaciones, leyes, circunstancias políticas ó sociales, etc., etc.

Ahora bien; ¿qué hay de común entre los crímenes del siglo diez y nueve y los crímenes de siglos anteriores?

Si volvemos la vista al decimoséimo, encontramos que antes de la revolución de 1789 el crimen de lujuria, el crimen contra naturaleza, el crimen del duelo, el crimen de magia, el de sacrilegio, el de blasfemia, el de sortilegio, el de apostasia y otros crímenes de lesa majestad divina y humana, previstos y no previstos por las leyes, daban á la lista de los crímenes una extensión inmensa y verdaderamente desproporcionada con las reducciones que ha sufrido desde entonces, al propio tiempo que la marca en la frente, la deshonra, la amonestación, los azotes, las declaraciones arrancadas por medio del tormento, la decapitación, la exposición á la pública vergüenza, la satisfacción pública propiamente dicha, la satisfacción pública *in figuris*, las galeras, el tormento, la horca, la exposición pública de cabezas y miembros de los ajusticiados, los azotes, el descuartizamiento, el plomo derretido, el fuego y otros castigos y suplicios atroces que la arbitrariedad legal del juez sabía hacer horriblemente variados, daban á la serie de las penas un carácter de gravedad sucesiva en el modo de aplicarlas, que debía por precisión ejercer en los espíritus una influencia de miedo y de terror que á su vez ha debido por necesidad perder sucesiva y casi completamente nuestro moderno sistema de penalidad atenuante.

Así pues, la divergencia de costumbres y de leyes entre nuestro siglo y el decimoséimo no permite establecer entre los crímenes de ambas épocas ningún punto preciso de comparación moral y de apreciación.

En cuanto al cotejo del número de crímenes cometidos en nuestros días y los perpetrados en otro tiempo, nos parece una tarea imposible.

Entonces no había estadística alguna oficial de la criminalidad en Francia, estadística que hoy existe, aunque solo data del año 1826: así que es imposible determinar con anterioridad á esta época el número anual de los crímenes y de los delitos.

En segundo lugar, las gacetas de otros tiempos no pueden proporcionarnos estos datos por lo que respecta á los crímenes y delitos cometidos bajo el imperio de antiguas leyes penales, en atención á que la censura que regia para estas gacetas, las privaba de dar publicidad á todas las acciones incriminales ó condenadas por el tribunal, publicidad que obtienen ahora en los periódicos así las faltas mas insignificantes como los crímenes mas atroces.

Puede decirse también que la criminalidad es en nuestros tiempos un campo que el periodismo explota de tal suerte que un solo grano produce, merced al escándalo y á la curiosidad pública, dos y tres cosechas en un mismo año; pudiera compararse simplemente á un prisma en que una misma figura se refleja y reproduce diez veces en un momento. Con efecto, apenas se ha cometido un crimen, la prensa periódica lo anuncia á la vez en todo el país; en todos los trámites que sigue el procedimiento criminal recoge nuevas noticias y publica circunstancias agravantes; muchas veces lo recuerda todavía con motivo del recurso de apelación, del recurso al trono y de la ejecución de la sentencia; y de ahí es que semejante publicidad hace desaparecer inevitablemente el número de atentados, que resulta mas considerable de lo que es en realidad, y solo así se justifica la opinión de los que afirman que los grandes crímenes son mas frecuentes ahora que en otro tiempo.

Esta misma idea la corrobora la circunstancia de que realmente se consignan ahora mayor número de crímenes que antes; pero esto no indica que se cometan mas; únicamente es una prueba de que la justicia tiene mayor habilidad en descubrirlos, y de que siendo menos severas las penas es mayor el número de los castigos.

Al comparar por un lado la atrocidad de las penas antiguas y la lenidad de las modernas, y por otra el reducido número de la población en aquellos tiempos, y la gravedad de los crímenes que se perpetraban entonces, debemos deducir lógicamente que la moralidad de aquellos siglos es mas un encomio que una crítica de la moralidad actual.

Abranse por ejemplo las obras de Gregorio de Tours, Fredegar y las crónicas de los normandos, y no se encontrarán sino recuerdos de robos, incendios, estupro, envenenamientos y asesinatos.

Si echamos la vista á un siglo mas inmediato, mas culto, mas celebrado, como por ejemplo, el de Luis XIV, veremos que en 1665, en la sola provincia de Auvernia, y en la época llamada de sus buenos tiempos, presentáronse á los comisarios reales doce mil acusaciones inscritas en el registro por crímenes graves de toda clase; que 276 criminales fueron ahorcados, 96 desterrados, 44

decapitados, 32 descuartizados en vivo, 28 condenados á galeras ó presidio, 3 á azotes, etc. (véanse las *Memorias de Flechier*); es decir, que en 1665 se juzgaban y condenaban á pena capital en una sola provincia de Francia un número de crímenes que guarda la proporción de 250 por ciento con los que se juzgan y castigan con pena de muerte en toda la Francia, pues en todas sus provincias ascienden anualmente las causas criminales á 4,800 y á 50 las sentencias de muerte.

Si adoptar esta deducción comparativa, cuya inexactitud hemos indicado antes, podríamos probar que el gran siglo no cedía al nuestro en criminalidad, sin mas que recordar los sabidos versos de uno de nuestros mas distinguidos poetas que describiendo los peregrinos de París, recuerda que por la noche no podía andarse por las calles sin verse expuestos los transeuntes á ser robados y asesinados.

Véanse á continuación los versos á que se alude:

Le bois le plus funeste et le moins fréquenté
Est, au prix de Paris, un lieu de sûreté.
Malheur donc à celui qu'une affaire imprévue
Engage un peu trop tard au détour d'une rue!
Bientôt quatre bandits, lui serrant les côtés:
La bourse!... Il faut se rendre; ou bien, non, résistez
Atin que votre mort, de tragique mémoire,
Des massacres fameux aille grossir l'histoire (1).

En una correspondencia que posteriormente se hizo pública, de un hombre célebre de aquel tiempo, leemos algunos detalles, de los cuales se deduce que en los aludidos versos de Boileau no hay exageración ni ficciones. «No se habla sino de robos domésticos, de criadas y criados que roban á sus amos y acaban en el patíbulo.» Esto escribía en 1668 Guy-Patin; y luego añade: en 1650, son ahorcados en París muchos ladrones; en 1653, se han condenado á muerte en París varios asesinos, ladrones y otros culpables de haber hecho moneda falsa; en 1650, han sido presos muchos ladrones y asesinos; no se hace mas que ahorcar y descuartizar; en 1664 se roba y asesina de día y de noche en los alrededores de París; en 1666, son frecuentes las sentencias de muerte de ladrones y monederos falsos; en 1667, no se habla mas que de robos, asesinatos y otros crímenes; en 1669, tampoco se habla mas que de ladrones, encubridores de hurtos y asesinos; no faltan sentencias de muerte... Y sin embargo, grandes criminales se evadían del patíbulo, y aun á veces del poder de los tribunales, ora por el temor que causaban, ora por medio de rescriptos de abolición ó de gracia que obtenían fácilmente los personajes mas ricos ó colocados en posición mas encumbrada.

La curiosa correspondencia de Guy-Patin, que comprende un período de veintidos años, ha sido motivo para que M. Berriat Saint Prix, catedrático de leyes en París, escribiese un interesante artículo que ha insertado en la *Revue du droit français et étranger*, que en resumen contiene lo siguiente:

Falsificación, moneda falsa. — Entre los que falsificaron documentos públicos y privados y sellos, cuéntase un abogado, dos notarios y un baile. Entre los testigos falsos hay dos doctores de la Sorbona, y entre los que acuñaron moneda falsa, en diferentes épocas y en número de mas de treinta, un cirujano, el sobrino de un primer médico del rey, dos médicos, un presbítero, un prior, un magistrado y dos hidalgos.

Robo. — Los robos domésticos y en despoblado, tan peligrosos para la sociedad, se citan los primeros en número de diez, y en número de nueve los segundos. Cuéntanse también cuatro robos perpetrados con violencia, once precedidos de homicidio ó asesinato, y veintiseis acompañados de otras circunstancias agravantes. En el número de ladrones públicos ó calificados de tales, figuran hombres de negocios, nobles y los hijos de un consejero de Estado, y en el de los ladrones de camino ó en despoblado cuéntanse el escribiente de un procurador, un individuo del Tribunal de Cuentas y algunos nobles ó hidalgos.

Asesinato. — Guy-Patin indica treinta, de los cuales tres fueron perpetrados en mitad del día, y seis con circunstancias agravantes que recuerdan las fechorías de Mingrat y otros bandidos. Así en 1667 el administrador de la casa de los hijos del gran Condé fué asesinado á martillazos por sus criados. En 1649 una condesa y su hija, después de haber buscado primero un medio para hacer matar á su yerno y marido en ocasión de estar cazando, y luego para que un cirujano envenenase sus heridas, se pusieron de acuerdo y le ahogaron con sus propias manos. En 1653 el hijo de un procurador del parlamento, sin mediar provocación de ningún género, sin motivo alguno, mató á su mujer acuchillándola con la mayor sangre fría; y en 1657 el hijo natural de un hidalgo auxilió á dos asesinos para dar muerte á su padre, con el objeto de ser partícipe de lo que robasen. En 1657 un sustituto de procurador general del parlamento de París trató de asesinar á uno de sus amigos enviándole una cajita llena de pólvora y balas que habían de tomar fuego al abrirse la cajita, dejándole mal parado. Por último, en 1648 unos ladro-

(1) El bosque mas funesto y menos concurrido es, comparado con París, un lugar seguro. ¡Infeliz del que por impensados motivos se vea obligado á andar por las calles á una hora algo adelantada! Apenas ha dado algunos pasos, se encuentra con cuatro bandidos que le rodean pidiéndole: ¡La bolsa!... Es preciso rendirse, y si al contrario os resistís, vuestra muerte, de trágica memoria, aumentará el catálogo de los asesinatos memorables.

nes ahogaron en el palacio de su señor al ayuda de cámara de un obispo, y luego cortaron el cadáver en diferentes trozos, arrojándolos al lugar excusado.

Envenenamiento. — Guy-Patin cita dos envenenamientos perpetrados en 1651 y 1665 por dos mujeres en sus maridos, de los cuales el primero era individuo del Tribunal de Cuentas y el otro era abogado; y cuatro envenenamientos mas cometidos por un criado, un farmacéutico y otras personas distinguidas. Prescindimos de los crímenes de la célebre marquesa de Brinvilliers que envenenó á varios individuos, y entre ellos á su padre, á sus hermanos y hermana, y los terribles atentados á que una infame codicia arrastró al caballero de Ganges á envenenar á su desgraciada hermana política, crímenes en los cuales se añadieron al envenenamiento varios asesinatos cometidos en mitad del día, con la mayor serenidad y otros delitos premeditados.

Resistencia á la fuerza armada. — En 1639 un recaudador de contribuciones contra quien se había dado auto de prisión, mató á cuatro ballesteros que auxiliaban á los dependientes del tribunal, y de este modo evitó el cumplimiento de la ley. En 1660 unos lacayos promovieron un considerable tumulto en las inmediaciones de la puerta de París para libertar á un hombre y una mujer que eran conducidos al cadalso. En este alboroto hubo varios muertos y heridos.

Otros crímenes. — Entre los autores de estafas se cuenta entre otras personas distinguidas la hija de un presidente del parlamento de París; entre los culpables de cohechos y quiebras, recaudadores de tributos y contribuciones, consejeros, nobles y hasta el cajero del parlamento: entre los incendiarios un hidalgo y un médico.

Así, mientras en nuestros días los crímenes mas atroces se cometen generalmente por individuos pertenecientes á las clases inferiores de la sociedad, en el siglo decimoséimo tomaban parte en ellos individuos de la clase media, nobles, eclesiásticos y magistrados.

Guy-Patin publica además la estadística de estas sentencias de muerte: 88 ahorcados, 12 decapitados, 56 descuartizados, á cinco de estos se les cortaron previamente las manos, y por último siete quemados, lo cual arroja una suma de 156 sentencias de muerte en un período de veintidos años, ó sea el doble de las que en un número casi igual de años (de 1825 á 1845) impuso el tribunal de Assises de París, siendo la población mucho mas numerosa, pues en dicho período solo condenó á muerte á 76 reos.

De todo esto resulta que la comparación que se pretende establecer entre el número y la gravedad de los crímenes de otro tiempo, y el número y la gravedad de los que se han perpetrado en nuestros días, la superioridad moral del tiempo pasado pudiera muy bien ser desmentida por el presente.

Con respecto á este particular nuestro siglo se calumnia á sí propio: á lo menos abusa en perjuicio de su reputación de las sentencias del tribunal de Assises, y echa demasiado en olvido las sesiones de la Academia francesa, en que se conceden anualmente premios á los actos meritorios ó virtuosos. Se habla mucho mas de los criminales que de los inocentes, y hé aquí porque se recuerdan mas los primeros aunque en realidad sean menos. Si tuviéramos noticia de las virtudes que se ocultan á nuestra vista, sabríamos hasta qué punto compensan los escándalos públicos de nuestros días. Un distinguido académico, Barante, demostró esta verdad en un elocuente discurso pronunciado en la sesión anual de la Academia francesa, celebrada en 1836, del cual se desprende que nuestras costumbres aventajan á las de nuestros antepasados.

Para manifestar la verdad de esta deducción bastaría recordar los premios concedidos por actos virtuosos, desde que Monthyon inauguró esta costumbre en 1783. Cuando se concedieron por primera vez las citadas recompensas, dice el señor de Barante, sucedió que la señora de Rivarol, cuya criada había sido recomendada á la Academia por haber aliviado la miseria de su señora, llevó la ingratitud hasta el extremo de negar el beneficio que había recibido. El caso fué escandaloso, pero ocurrió. En el propio año el premio concedido á la acción mas útil á las costumbres, fué disputado por dos vestales del gran mundo, la Genlis y la Espinay: no se presentaron pretendientes mas morales. El premio se lo llevó la segunda, que había tenido algunos amores mas que su rival. Actualmente no se recompensan semejantes acciones; pero ¿será esto una razón para afirmar que hayamos degenerado?

Material militar y marítimo.

CARROS, GAJAS, BUQUES DE HIERRO ESTRÍADO POR EL SISTEMA FRANCÉS.

«Ha poco mas de un año, el emperador acompañado del general ministro de la Guerra, de un ayudante de campo y de un oficial de ordenanza, se dirigia á orillas del Sena, junto á la Escuela militar, para ver las pruebas demostrativas de las cualidades de un carro militar, de hierro estriado, que M. Francis de Nueva-York había construido para presentarlo á S. M.

» M. Francis, dice el *Monitor* de 21 de febrero de 1856, empezó por explicar su sistema de construcción y los procedimientos empleados para dar gran resistencia á un metal muy delgado y ligero, é hizo la prueba golpeando con un grueso martillo con todas sus fuerzas repetidas veces y en un mismo punto una caja de dicho

metal que era á un tiempo carro y lancha. Mandó luego botar al agua el carro con todo su tren, y flotó como un buque: los hombres que estaban dentro de él, en número de diez y seis, se cargaron todos á un lado sin que todos sus esfuerzos fuesen suficientes para ladear el carro hasta la superficie del agua. Despues de esto, el carro avanzó por la corriente del rio para manifestar que por este medio podia trasportarse una gran carga de una á otra parte sin necesidad de quitar las ruedas, de suerte que un tren de estos carros no tendria que detenerse en su carrera. Luego se soltó el tren y se hizo funcionar por separado la caja como una lancha. Estos experimentos merecieron la aprobacion de S. M., el cual se dignó felicitar á M. Francis por su invento.»

Hemos creido oportuno reproducir este testimonio oficial de la aprobacion superior, para manifestar desde el principio de este artículo que el sistema Francis estaba á cubierto de toda crítica, y que solo se trataba de dárselo á conocer para procurarle la aceptación de todas las personas competentes.

A lo dicho debemos añadir que se han construido dos lanchas de hierro estriado por orden del gobierno del emperador, y que se han ensayado la una en el Havre y la otra en Cherburgo. En el Havre estos experimentos datan del mes de noviembre de 1833 y han sido los mas decisivos y favorables. No se ha publicado todavía el dictámen de la comision de Cherburgo.

Pero si en nuestro país las diferentes aplicaciones del sistema Francis no se han vulgarizado aun, en este punto (lo cual no nos sucede muchas veces), vamos atrasados á Inglaterra y América donde este sistema es muy conocido y aceptado por la marina mercante y la de guerra.

Recomendamos á nuestros lectores deseosos de conocer mejor este invento, un folleto de 80 páginas publicado en Paris en 1836. Este folleto contiene meramente los dictámenes oficiales relativos á los experimentos hechos en Inglaterra y América con los carros, cajas y lanchas de salvacion de hierro estriado. Por medio de algunas láminas que acompañan el folleto puede convenirse el lector menos competente en la materia, de la sencillez, de la ligereza, de la solidez y de la duracion de las construcciones por el sistema Francis.

Vamos á consignar aquí los principales resultados que se han obtenido.

Empecemos por la calidad de la construccion de que se trata:

Nadie ignora la fuerza extraordinaria que adquieren el hierro y los metales estriados ó arrugados.

Así se toman dos planchas de hierro; la una es lisa, la otra presenta de distancia en distancia algunos pliegues semicirculares, formando media caña de una columna.

Apoyando los dos extremos de cada una de estas planchas en dos puntos, se verá que la una, la sencilla y llana, cediendo á su propio peso, se doblará formando curva: al contrario, la otra, la que está estriada, sostendrá en el centro, sin doblarse, un peso de 325 kilogramos. Tal es el principio en que se funda el invento de M. Francis.

Además, el inventor obtiene estas estrias ó medias cañas en las planchas de hierro ó de cobre por un procedimiento tan seguro como rápido, y que á su vez proporciona al metal fuerza, inflexibilidad y las formas graciosas y curvas que deben distinguir los costados de un buque.

Este procedimiento consiste en colocar las planchas entre dos enormes moldes fundidos, que se aprietan mutuamente por medio de una prensa hidráulica.

La resistencia del metal estriado por este procedimiento se ha sometido á muchas pruebas y aun á pruebas desproporcionadas por excesivas.

Así las lanchas de dimensiones naturales, entregadas al almirantazgo británico por M. Francis, sufrieron con buen éxito en el mes de enero último en el arsenal militar de Woolwich las siguientes pruebas:

Montadas por una tripulacion completa esas lanchas fueron impelidas con toda fuerza contra los muros de los Docks. Se las hizo chocar una y otra vez contra las piedras con excesiva violencia; se les cargaron en su centro gruesas piedras amontonadas en número y hasta una altura considerable; luego atando cables á popa y proa se las hizo andar en todas direcciones sin el menor miramiento: se las golpeó en los costados con gruesos martillos. «Todas estas pruebas repetidas (dice el dictámen oficial del que tomamos estos detalles) no lograron causar el menor perjuicio ni avería en las fuertes lanchas. Despues de todos estos experimentos quedaban igualmente intactas, sólidas é inaccesibles sus bordes á la superficie del agua.»

La solidez no es la única cualidad que los experimentos oficiales reconocen en los buques por el sistema Francis; tambien se demuestra por este medio su ligereza. Estos buques pueden además sin ningun inconveniente permanecer expuestos al sol y á la lluvia, nunca hacen agua, la artillería no los perjudica, no tienen que temer de un incendio, no pueden irse á pique, pues contienen varios receptáculos ó depósitos de aire: aun cuando estuvieran rotos en parte y aunque tuviesen la primera plancha echada á perder, continuarían flotando y sosteniendo á los que se apoyasen en ellos. Numerosos hechos se citan en confirmacion de estas aserciones que tomamos de dictámenes oficiales.

Los costados de estos buques tienen la ventaja de no estar unidos por medio de encajes como la madera, con lo cual se puede colocarlos muy inmediatos sin que se perjudiquen: se construyen por secciones, lo cual facilita su transporte por tierra ó permite cargarlos dentro de

otros buques. Además se necesita muy poco tiempo para reunir estas secciones ó partes y poner los buques en disposicion de utilizarse.

Si se han construido en América cutters de metal estriado para el servicio de la aduana, tambien pueden construirse buques de menor cala para navegar por pequeños fondos. Algunas de estas embarcaciones, de 26 piés ingleses de largo y tripuladas por 20 hombres, calan solo cuatro pulgadas inglesas.

Un teniente de navío de la marina americana, M. Bartlett, da cuenta en los siguientes términos del modo con que vió pavezar una lancha de metal estriado:

«Esta lancha se separó del buque con nueve hombres, á setenta millas de la isla de Juan Fernandez, y con un viento tan fuerte que durante la noche el buque se vió precisado á recoger velas, y á bordo se desconfiaba de ver jamás á nuestros compañeros de la lancha; pero esta embarcacion de veinte y seis piés continuó su rumbo sin novedad, y al dia siguiente su tripulacion desembarcaba sana y salva, en tanto que el viento soplabá con furia tal, que el buque no podia aproximarse á la costa.»

«Otra vez cerca de Veracruz una lancha de hierro estriado de 30 piés fue sorprendida por un viento Norte con tan mala mar, que la espuma de las olas subía á cincuenta piés sobre el muelle de Veracruz. «Varias veces, dice un oficial que estaba á bordo de dicha lancha, esta se llenó la mitad de agua, y si hubiera sido de madera habria ido inevitablemente á pique, pero los depósitos de aire mantuvieron el esquife á flote, y alcanzamos sin accidente la fragata *Cumberland*.»

Como lancha de servicio, como recurso de salvacion y como cutter ó pallebot ligero para la vigilancia de las costas, la lancha de hierro estriado ha adquirido gran reputacion en Inglaterra y en América. En este último país se emplean tambien con el nombre de *carro de salvacion* buques de hierro y de cobre estriado, cuya parte superior es convexa, con una abertura ó puerta por la cual se introducen los pasajeros. Cada carro puede llevar cuatro ó cinco personas. Cuando están dentro, se cierra la puerta, ó mejor, la tapadera con un cerrojo, y este carro colgado por medio de anillos de un cable que vaya desde el buque hasta tierra, se tira y lleva hasta la costa. La cantidad de aire que hay en este carro es la suficiente para los cuatro viajeros durante un cuarto de hora, y por punto general solo se necesitan dos ó tres minutos para atravesar el agua y llegar á tierra en los casos extremos en que se hace uso del carro de salvacion.

Por último, en América las tropas siempre llevan consigo algunas lanchas de esta clase en las expediciones por el interior. Generalmente estas lanchas son cuadradas como las barcas de un río, están montadas sobre ruedas, se cargan de provisiones, municiones, artillería ó de gente, y de esta conformidad son arrastradas por caballos como cualquier otro carro. De este modo no se detienen por nada; atraviesan los lagos y los rios sin desenganchar las caballerías. Veinte dictámenes de oficiales de marina, ingenieros y artillería confirman y certifican en términos lisonjeros la bondad de este invento. »

(Monitor de la Flota.)

Amor sin esperanza.

I.

Calle arriba, calle abajo,
Las doce y sereno cantan
Los serenos de la calle,
De la calle de la Palma,
Y el barrio de Maravillas
Cuando los serenos callan
Vuelve á quedar en silencio
Cual si nadie le habitara.
¡Ay qué fria está la noche!
¡Ay qué terrible es la escarcha!
¡Ay cómo soplan los cierzos,
Los cierzos del Guadarrama!
Y sin embargo un mancebo
Asoma por la empuñada
Calle de Santa Lucía,
Y al compás de su guitarra
En la esquina de la calle,
De la calle de la Palma,
Así lamenta la muerte
De sus dulces esperanzas:

«Morena resalada,
Flor de las flores,
Rosal de los rosales,
Sol de los soles;
Deja que un triste
Al pié de tus balcones
Por tí suspire.

Ya que mis esperanzas
Has marchitado,
Ya que no han de ceñirte
Nunca mis brazos,
Deja que lllore,
Y llorando, mi pecho
Se desahogue.

San Isidro bendito,
Nunca llegarás,
Pues en la romería
Ví á la tirana,
De cuyos labios
Tras la esperanza brotan
Los desengaños.

¡Ay! al pasar el río
Debieron darme
Sepultura las ondas
Del Manzanares,
Pues el desvío

Da muerte mas penosa
Que no los rios.

Fueron mis esperanzas
Sueños falaces,
Relámpago que brilla
Solo un instante,
«Flores de almendro
Que nacieron temprano,
Se helaron presto!»

II.

Dicen que muchas chicas
Hay en el barrio
Mas lindas que las rosas
Del mes de mayo;
Pero yo digo
Que ninguna tan linda
Como tú he visto.

Así, niña, no extrañes
Si dia y noche
Vengo á llorar debajo
De tus balcones,
Si á llorar vengo
Mi perdida esperanza
De ser tu dueño.

«Niña, te dije un dia,
Como me quieras,
Vivirás á mi lado
Como una reina,
Pues sabe, niña,
Que ni á Isabel segunda
Tendrás envidia,

»Y aunque en una bohardilla
Juntos vivamos,
Nuestros dulces amores
Le harán palacio;
Pues segun dicen,
Los que se quieren mucho
Son muy felices.»

Así te dije, niña,
¡Quién me dijera
Que aquellas esperanzas
Hermosas eran
«Flores de almendro
Que nacieron temprano
Se helaron presto!»

III.

Tengo diez y seis años!
¡Ay qué desdicha,
Tan pronto la esperanza
Llorar perdida,
Soñar un cielo
Y al despertar hallarse
Con un infierno!

Si bajo tus balcones
Lloro mis penas,
No busco ya tus ojos
Tras las vidrieras,
Pues ya no espero
Que te asomes á verme
Como otro tiempo.

Meses y meses hace
Que vengo á verte,
Y hace que no te veo
Meses y meses,
Lo cual es prueba
De que de mi amor fino
Ya no te acuerdas.
¡Cómo soplan los cierzos
Del Guadarrama!
La sangre se me hiela,
La voz me falta...
Permita el cielo
Que desde aquí me lleven
Al cementerio,
Que es la vida del hombre
Pesada carga,
Si para el hombre han sido
Las esperanzas
«Flores de almendro
Que nacieron temprano,
Se helaron presto.»

Calló el mancebo, y la calle
Quedó muda y solitaria
Y siguió soplando el cierzo
Y aumentándose la escarcha.
Poco despues los serenos
Sobre las losas heladas
Vieron un cuerpo sin vida
Al lado de una guitarra.
¡Ay! era un pobre mancebo
A quien dió muerte temprana
Mas que el frio de la noche
Un amor sin esperanza!

ANTONIO DE TRUEBA.

SETIEMBRE.

Nuestro dibujante ha tenido el capricho de colocar la caza entre los trabajos agrícolas. Esto solo se le ocurre al habitante de una ciudad que es aficionado á la caza, porque ella le proporciona una ocasion de pasearse por la llanura con la escopeta en la mano, y de traerse alguna presa de carne delicada. Pero si hubiera consultado á los agrónomos, estos le habrían respondido que consideraban la caza como una calamidad, y al cazador como muy perjudicial por los daños que causa en sus haciendas.

Bajo los cazadores, vemos como despojan los manzanos. En varias provincias de Francia, pero sobre todo en la Normandía, la manzana se emplea mucho en la



SEPTIEMBRE

fabricacion de sidra. Segun una antigua opinion de Huet, obispo de Avranches, el uso de esta bebida se introdujo en la Normandia en el siglo XIV, procedente de Vizcaya; parece que en España se conocia desde la invasion de los moriscos.

Sin embargo, remontrándonos mas, vemos que los hebreos hacian uso de una bebida llamada *sichar*, palabra que San Gerónimo traduce por *sicera*, y que era el jugo de frutas fermentadas. El manzano es un árbol que pertenece á todas las regiones templadas del antiguo continente; cada pueblo primitivo habrá tenido sin duda la idea de utilizar su fruto para hacer con él un licor, pues la necesidad de una bebida fermentada es una de las primeras que se experimentan. En los lugares favorecidos, el zumo de la uva reemplazó con rapidez el de las manzanas y las pe-



ras, que tiene además en competencia la cerveza por todos los paises donde se cultiva la cebada. Sea como quiera, la sidra da á la agricultura en Fran-

cia una riqueza anual de cerca de cien millones de francos, bien que la produccion y la fabricacion se hallen muy descuidadas y confinadas, digámoslo así, en el Nordeste de la Francia, Normandia, Bretaña, Vandé y Picardia. Diez y seis departamentos franceses producen cada año diez millones y medio de hectólitros de sidra. En la Normandia se fabrica cuatro veces tanta como en la Bretaña, y tres veces mas que en cada uno de los diez y seis departamentos indicados.

¿Qué podríamos señalar de nuevo á ese sembrador que recorre su campo con paso firme? Se han imaginado muchos aparatos á cual mas ingeniosos para la siembra, pero ninguno de ellos ha sido aceptado por los labradores, que continúan sembrando con la mano. Las reformas agrícolas no se generalizan fácilmente.

